

Aristandro

El mejor

de los
varones

NOVELA

RUBÉN FELDMAN GONZÁLEZ



HOLOKINESIS
• LIBROS •

ARISTANDRO EL MEJOR DE LOS VARONES

Revisión de Diciembre 20 del 2014

Copyright © by Rubén Feldman-González



ARISTANDRO, EL MEJOR DE LOS VARONES.

UNO

Filipo Segundo de Macedonia, también conocido como el Rey Filipo Argeas Segundo, tenía apenas 22 años cuando conoció a Olimpia en la Isla de Samotracia. Filipo se dirigía a las costas del Mar Negro en Rusia, para gozar de buena parte del verano.

Desde Samotracia iba a dirigir su nave hacia el Helesponto, detenerse unos días en Byzancio y proseguir hacia la costa oeste del Mar Negro.

Se decía que las muchachas del Sur de Rusia tenían los ojos tan negros que parecían azules. Se decía que mirar esos ojos constituía una experiencia sagrada que producía un cambio en el varón observador.

El comandante Cleitus había dicho que vio esos ojos y sintió lo mismo que sentía en el fragor de sus batallas. El cuerpo estaba sumergido en la muerte, y

entonces la vida se vivía con una intensidad sin precedentes, muy cerca de las sensaciones del orgasmo.

Se murmuraba que el Comandante Cleitus tenía desde entonces, una jovencita rusa, prisionera en su mansión de Anfípolis, la ciudad de los afortunados, cerca del Monte Pangeo. Sus guardias le habían oído decir Shasha, mientras Cleitus dormía.

Pero el mismo Cleitus le había confesado a su amigo Filipo Argeas, que tan sólo podía pensar en Shasha, tanto de día como de noche, tanto en la vigilia como en los mejores sueños.

Pero Filipo no continuó su viaje hacia el Helesponto. Conoció a Olimpia en la casa de una tía, hermana de su padre Amyntas y decidió quedarse "para siempre" en Samotracia.

Aquella primera vez Filipo no habló con Olimpia, sólo intercambiaron ardientes miradas.

Vio por segunda vez a Olimpia en las aguas termales de la costa norte de la isla de 67 millas cuadradas. La joven se bañaba desnuda, con una serpiente enrollada alrededor de su largo cuello. Con su mano derecha sostenía la cola del ofidio entre sus muslos.

Filipo comprendió a Cleitus.

¿De dónde eres, muchacha?

De Epirus, majestad.

¿Me conoces?

Sólo de vista... y por lo que se dice.

¿Qué has oído?

Que eres bello, que te gustan las jovencitas como yo, de senos pequeños, pero muy firmes; que aprendiste diplomacia con tu padre, el rey Amyntas de Macedonia y que aprendiste todas las artes de la guerra con Epaminondas, el gran guerrero de la rebelde ciudad de Tebas.

Pensé que eras de esta isla muchacha. Ya había decidido quedarme. Pero ahora me dices que has nacido en la rebelde región de Epirus, enemiga de Amyntas y por lo tanto de mí.

Mi nombre es Olimpia.

No me gusta hablar con nombres, pues mis dos esposas y todas las muchachas se enojan cuando me equivoco con sus nombres.

Olimpia rió mucho. La risa hizo que Filipo se sintiera aún más atraído por aquella garganta de miel y esos dientes de pantera.

Subieron juntos al Pico Fengari, la montaña más alta de todas las islas del mar Egeo. Allí esperaban los sacerdotes de Zeus y Atenea, que cumplieron con la ceremonia nupcial a 1600 metros por sobre el nivel del refulgente Mar Egeo.

Olimpia, muy sorprendida, guardó silencio y se dejó llevar por los dioses y por ese hombre joven y apuesto, a quienes todos tenían en Grecia, Macedonia, Epirus, Illiria Albana, Tracia y Agriania.

Olimpia había sido enviada a Samotracia por su padre Neoptolemo, Rey de Epirus, para que fuera iniciada en los cultos a los dioses Cabeiri de la Fortuna, adorados por agricultores y marineros.

Los dioses Cabeiri eran Axiocerso y su esposa Axiera, y sus hijos Cadmilo y Axiocersa.

Grecia incorporó estos dioses ancestrales en los cultos de Dionisio.

Filipo no tenía que saber esto y Olimpia jamás se lo dijo. Filipo lo supo gracias a Antíoco, uno de sus generales, padre de Seleuco.

Antíoco regía una división secreta de espías e informantes.

Antíoco gozaba de la confianza de Filipo, tanto como Cleitus.

El matrimonio fue el origen de la paz entre Macedonia y Epirus, donde Olimpia era princesa.

El matrimonio fue el origen de la apasionada guerra sexual entre Filipo y Olimpia.

Uno de los testigos de la boda fue el médico de Amyntas, Milako de Naxos, quien llevó consigo a su muy extraño hijo Aristandro.

La madre de Aristandro había muerto en el parto, quizá porque el recién nacido pesó más de cinco kilos.

Milako eligió el nombre de su hijo, que significa "el mejor de los varones."

El niño parecía tener unos diez años de edad, aunque quizá fuera más joven, ya que los enormes músculos de su masiva anatomía le daban una madurez que realmente no tenía.

El niño quedó encantado con la serpiente que portaba Olimpia sobre sus hombros, con su vestido

de rara seda blanca de la China y con la suave piel de cabra de la toga nupcial del novio, Filipo Argeas.

Le aburrieron mucho las largas canciones de los sacerdotes.

Las suaves curvas del esbelto y bien cuidado cuerpo de Olimpia se adherían a la seda para impactar las profundidades de la retina de los sacerdotes.

Después de la boda, Olimpia le preguntó a Aristandro: ¿Qué te gusta de este mundo?

El niño respondió como un poeta adulto: Me gustan los astros porque están lejos de este mundo.

Olimpia lo tomó bajo su protección e hizo que le enseñaran astrología y magia.

De su padre, Aristandro ya había aprendido las artes médicas de Esculapio. En pocos meses Filipo Argeas ya había hecho de Aristandro un pequeño soldado dorado con el sol, de manos encallecidas, haciendo grandes nudos y aprendiendo esgrima, el arco y la jabalina.

Corría el año 361 antes de Cristo.

Misteriosamente, el mismo día de la boda, fallecieron ambas esposas de Filipo.

El pueblo creyó que Filipo las mandó matar.

La corte de Macedonia estaba convencida que esa era una tarea de Olimpia. La corte sabía que Olimpia participaba de ceremonias en las que se sacrificaban jóvenes doncellas y los participantes bebían de aquella sangre aún tibia.

Pasaron veintiséis meses antes que naciera Alejandro Argeas Tercero, luego apodado EL MAGNO.

El año era 359 Antes de Cristo. Olimpia eligió el nombre, que era el nombre de su propio hermano, Alejandro de Epirus.

De esta manera se disolvió la rebelión que ese hermano preparaba contra Filipo. Hubo que regalarle varios huertos inmensos de Tracia, con sus respectivos caserones, para asegurar esa súbita paz.

El día del nacimiento de Alejandro Argeas, Aristandro lo presentó a la corte. Le daban quince años, aunque quizá tuviera sólo doce.

Dijo Aristandro: Alejandro Argeas Tercero, nace en medio de buenos augurios. El general Parmenio ganó hoy una importante batalla. El caballo de Filipo Segundo ganó en las Olimpíadas. El Templo de Éfeso ardió anoche.

Éfeso había sido tomada por el Ejército de Filipo poco tiempo antes, en una feroz batalla contra los Persas.

Olimpia arregló todo para que el sano bebé Alejandro fuera alimentado por los senos de una hermana del gran Comandante de Caballería de los Compañeros, nadie sino el mismo Cleitus.

Alejandro compartió la leche materna con el verdadero hijo de aquella madre, el llamado Hefastio. Ambos iban a ser íntimos amigos hasta la muerte.

DOS

Aristandro ganó rápido reconocimiento en la Corte de Macedonia y entre los nobles subsidiarios de Epirus, Illyria y Tracia. Confeccionaba horóscopos de recién nacidos, sinastrías para las bodas y exactas predicciones de fechas de muerte.

A la edad de veinte años, ya había acumulado una fortuna en oro y propiedades en todas esas regiones y reinos. Pasó a ser médico de Filipo Segundo y el tutor más confiable de Alejandro Tercero.

Cuando Alejandro contaba con sólo cinco años de edad, Filipo lo sorprendió junto a Aristandro en un viñedo del palacio. Antes de que notaran su presencia, Filipo pudo escuchar la conversación.

Alejandro, tú debes saber todo lo que puedas de los nobles que te rodean y de los grandes reyes que pueden algún día amenazarte. Debes saber el presupuesto militar de cada uno, y las distancias que hay de una ciudad a otra, para poder calcular los alimentos de tu ejército, el día que lo dirijas y debas atacar. Tu madre es extranjera y eso puede algún día traerle problemas, aunque sea de la nobleza de Epirus.

Los problemas de ella serán tus problemas.

Debes calcular con destreza y rapidez, para poder comandar un ejército. Imagina que de Pella a Anfípolis hay una unidad de distancia. Es decir que de Pella a Filípolis hay tres unidades de distancia. Cuatro unidades a Tebas y a Troya. Cinco unidades de distancia hasta Atenas y siete hasta Esparta. No debes ser exacto. Sólo debes ser eficiente.

Debes saber qué terreno vas a recorrer. Planicie, montaña o mar. Debes saber cuántos ríos vas a cruzar, antes de partir. Y más te vale tener buenos pontoneros.

Filipo escuchaba tan deleitado que no se percató que sonreía como un tonto mientras escuchaba a los niños.

Aristandro era un buen militar, pero Filippo no lo nombró comandante de sus tropas ni lo usó en sus campañas. Todo lo que hizo Filippo fue encomendarle a Aristandro la educación inicial de Alejandro Tercero.

Otros nobles le dieron a Aristandro la custodia de sus hijos. El hijo del General Antíoco, Seleuco Nicator, fue uno de los primeros compañeros de

Alejandro Tercero, con Heifasto, Ptolomeo, Lisímaco, Antígono y Casandro.

Estos siete niños fueron beneficiarios colaterales de la elevada educación que recibió Alejandro Tercero.

Escultores como Lisipo hicieron bustos del joven príncipe. Hubo una plétora de bustos de Alejandro Tercero, desde su más tierna infancia hasta su muerte.

Cuando Filipo Segundo retornaba de alguna de sus campañas, llamaba antes que a nadie, al querido Aristandro.

Dame tu informe Aristandro.

Filipo, necesito seis espuelas para mis otros alumnos, pero necesito unas poderosas riendas para Alejandro!

Filipo reía encantado y corría junto a Alejandro para fingir una lucha, que no era más que un abrazo viril y satisfecho, lleno de orgullo paternal.

Alejandro tenía sólo diez años cuando montó a su caballo salvaje Bucéfalo. Aristandro le había hecho notar, confidencialmente, que el caballo temía su propia sombra.

Quizá montándolo de frente al sol, sin sombra que temer, el caballo se dejaría montar, cosa que nadie había podido hacer.

Padre, voy a montar a Bucéfalo en la fiesta de mañana -dijo Alejandro-.

No permitiré tal cosa. Nos harás pasar un gran embarazo a toda la familia real de los Argeas. Eres un niño. Pórtate como un niño.

Cuando la fiesta del siguiente día llegó a su apogeo, después del banquete del mediodía, Alejandro pidió a un siervo que trajera el caballo.

Filipo miró a su hijo con furia, por su descarada desobediencia.

Dijo en voz alta: Ese caballo vale cien monedas de plata. Apuesto ese dinero Alejandro, que no lo podrás montar.

Alejandro tomó al caballo por las riendas, se desnudó con un gesto arrogante, de quien está orgulloso de su musculatura y su belleza. Con soltura, puso al caballo de frente al sol y comenzó a murmurar palabras en su oído.

El caballo escuchaba con sus orejas tiesas, y se fue relajando poco a poco. En un instante, el niño

Alejandro, que se portaba como un adulto, saltó con gran agilidad sobre el cuello del caballo y se deslizó lentamente hacia el lomo del animal, bien sujeto con ambas piernas a los lados.

Alejandro seguía murmurando junto al oído de Bucéfalo. De pronto apretó la rienda y gritó: ¡al galope!

Niño y animal fueron uno en ese momento y luego por largo tiempo, para sus cortas vidas.

Filipo vio con espanto todo el proceso de la gentil doma.

Cuando comenzó el galope, con el cuerpo de Alejandro recostado hacia adelante sobre el cuello del caballo, Filipo comenzó a sollozar de alegría.

Al regreso de Alejandro, quien había sido suficientemente sabio para comer muy poco antes de su hazaña, Filipo le gritó para que toda la corte y los militares escucharan:

Alejandro, hijo mío, debes encontrar un inmenso reino para tus virtudes. Macedonia es un reino demasiado pequeño para ti.

Luego ordenó que le entregaran a Alejandro las cien monedas.

Aristandro congregó a los seis compañeros de Alejandro y desapareció con ellos, permitiendo así que padre e hijo, pudieran gozar uno del otro sin interferencia alguna, mientras la multitud de invitados ovacionaba al joven Alejandro.

Fue el primero de sus muchos triunfos y conquistas.

TRES

El Templo de Delfos dedicado alguna vez a Gaia (Diosa de la Tierra), pero en el 347 A.C. a Apolo Febo Alexikako, era el templo más importante del mundo conocido.

Había sido declarado el ombligo del planeta, representado por una gran piedra de mármol, ubicada en el mero centro del Templo.

Había sido erigido, quizá antes del año 500 A.C., en la empinada cuesta del Monte Parnaso, junto con un Teatro, de manera que las gradas para el público se cavaron en la ladera y éste podía observar todo el verde Valle de Focis y las imponentes montañas lejanas, bajo la inmensa bóveda esplendorosa del cielo azul puro del Mediterráneo.

Los pobladores aledaños habían tomado el Templo recientemente, cuando Alejandro contaba sólo con tres años de edad, en el 356 A.C.

Se habían apoderado del tesoro de Apolo, que solamente podía ser en oro puro, el metal inalterable y no adulterable.

Filipo Segundo retomó el templo y decapitó a los líderes de Focis.

Filipo hizo escribir en las paredes varios himnos dedicados al Dios Apolo, para re-sacralizar el templo violado.

Filipo quedó así muy en paz, sin comprender el significado del metal solar, y el énfasis que los himnos ponían en la soledad, la paz interior, la ataraxia, o imperturbabilidad permanente.

"Como el oro, seamos inalterables y no adulterables" decía un himno para niños que Filipo había olvidado hacía muchísimo tiempo.

"Como el sol, brillemos a solas y quememos nuestra propia basura, hecha de tristeza y odio..."

Ya estaba en las paredes. Uno podía olvidar las palabras.

Alejandro cumplió doce años y pasó a ser el candidato protagonista del gran Festival de Stepterion, en la ciudad de Delfos.

Como lo hiciera Aristandro ocho años antes, ahora le tocaba a Alejandro representar el asesinato de la Dragona Pitón, hija de la Diosa de la Tierra (Gaia).

Originalmente Apolo había matado a Pitón, en el comienzo de los tiempos, según los sacerdotes creadores de mitos.

Después de esta dramática y sangrienta representación llegó el momento de enfrentar a la anciana sacerdotisa.

Pitón era una dragona de material teatral, que encerraba realmente a una cabra. Al clavar la espada, se derramaba la sangre de la cabra, bien atada dentro de la Dragona.

Alejandro se acercó a la sacerdotisa, completamente manchado por la sangre de la cabra oculta, rodeado de sus seis amigos y de su admirado maestro y amigo, Aristandro, el mejor de los varones.

La sacerdotisa gritó, con una voz avejentada y chillona: Dime, Alejandro Tercero, Argeas, de Macedonia; cuál es el animal que camina primero en cuatro patas, luego en dos y por último en tres.

Alejandro contestó sin vacilar, entrenado en oratoria y retórica, en la Palestra de su ciudad natal de Pella, donde aprendía matemáticas, música, geografía,

astrología, y las artes marciales de la lucha cuerpo a cuerpo, la esgrima de espada pesada, el arco, el disco, la jabalina y las carreras de velocidad y aguante.

El hombre es ese animal, ya que gatea siendo bebé, se para y camina luego, pero en la vejez usa bastón.

Hubo una prolongada ovación para Alejandro, de parte de los pobladores de Delfos, que no se perdían el infrecuente festival.

Mientras la multitud se calmaba, Aristandro recitó de memoria la oración de cierre.

Apolo, Febo, Alexikako, el hijo de Zeus que tiene tres nombres, el que nos hace conocer la voluntad de Zeus, con sus profetas, ermitaños y oráculos.

El que nos culpa y nos perdona, el que preside la ley religiosa y urbana. Sólo Zeus, su padre, y Leto, su madre, pueden soportar el ardor y el esplendor de la presencia de su hijo Apolo, Febo, Alexikako.

Ese hijo es el que nos protege de la lira y de la flecha, el que nos permite la comunión con el Olimpo, el hogar de los dioses, con sus danzas, canciones y poesías.

"Apolo, Febo, Alexikako, Dios de cosechas y rebaños, protector del hombre contra la enfermedad, los insectos, los animales salvajes y todo lo malo.

Febo, ardiente y esplendoroso que habita en el Sol (Helios). Desde allí mantiene la vida, que creó su padre Zeus (Deus).

Apolo, el que mató a Pitón, hija dragona de Gaia, diosa de la Tierra, aquí, en la ciudad sagrada de Delfos.

Delfos nos recuerda que cuando Apolo viene a la Tierra, lo hace en la forma del pez delfín.

Te recordamos cada ocho años, en el gran Festival de Stepterion, en Delfos. Y en ese Festival, un joven de doce años, repite el asesinato de Python, realizado por ti, Apolo.

En tu izquierda la lira, en tu derecha el arco, que representan las artes de la música y la guerra, ambas enemigas del espíritu del hombre (el Antropos).

Tu corazón, hecho de substancia solar, sufre eternamente con los amores no correspondidos.

El amor a Dafne, que por escapar de ti, se volvió el laurel que corona tu cabeza.

El amor a Koronis, quien te traicionó.

El amor a Casandra, quien rechazó tu amor con la palabra y fue castigada por Zeus a decir profecías verdaderas que nadie cree."

Largo fue el silencio final del Festival de Stepterion, protagonizado por Alejandro Tercero de Macedonia.

Lenta fue la congregación en despedirse del lugar sagrado.

El sol ya rojo se ubicaba sobre el horizonte.

Esa noche, los siete amigos y Aristandro, partieron a caballo hacia Pella, donde los esperaba toda la población en las calles, para ovacionar al siempre popular Alejandro.

Habían cambiado caballos solamente en la ciudad de Dion, junto al Monte Olimpo.

Filipo estaba en Tebas, utilizando la Diplomacia de Amyntas, para evitar una gran batalla. Ya estaba cansado de ver tantas guerras y tanta sangre humana derramada.

Habló largamente, a pesar de su escaso amor por las palabras, con todos los miembros del Consejo Amfictiónico, regido por Tebas y Atenas. Filipo aprovechó el Festival de Delfos para pedir que no se sembrara en tierras dedicadas al dios Apolo, el dios de su devoción.

Tebas y Atenas terminaron por rechazar las ofertas de paz de Filipo y la gran batalla nunca se mostró más inminente.

Tebas y Atenas aliadas contra Macedonia y apoyadas en el Senado de Atenas por el gran orador Demóstenes, conocido por sus discursos contra Filipo. Las filípicas de Demóstenes.

Filipo miró en silencio, largamente a todos los miembros del Consejo Griego.

Nunca se sintió vencido. Murmuró para sí en un dialecto de Tracia: Ahora conocerán a Filipo Segundo de Macedonia, el malo.

CUATRO

Filipo regresó apresuradamente a Pella, preocupado profundamente por la rebelde terquedad de los griegos, pero orgulloso de su hijo Alejandro Tercero, quien de nuevo lo llenaba de satisfacción, por su desempeño inigualable en Delfos, representando al dios Apolo.

Una vez en la ciudad, se asombró al no ser recibido por Olimpia. Una esclava de Olimpia pidió hablar con Filipo.

El general Cleitus intercedió a favor de Olimpia, la extranjera extraña que jugaba con serpientes.

Vamos Filipo, habla con la esclava de Olimpia. Es tu esposa que quiere decirte algo. Hazlo por tu amigo Cleitus.

Filipo vio su propia indignada rabia. La rabia cedió, apenas fue percibida.

Filipo gritó: ¡Que pase la esclava de Olimpia !

La esclava se arrodilló frente a Filipo y habló, murmurando algunas palabras inaudibles.

Acércate ramera, que no te oigo.

La esclava se irguió de pie y acercó su boca para decirle a Filipo al oído:

Olimpia ruega que no se enoje vuestra Majestad. Ella se siente humillada por los regalos que ha hecho su Majestad a la púber Cleopatra, en los banquetes públicos recientes.

Filipo devolvió el mensaje a los oídos de la esclava:

Dile a tu cuidadora de serpientes, que sólo he regalado algunos trocitos de las entrañas del Monte Pangeo. Son trocitos sin vida, pero yo sigo vivo.

Cleopatra era la hija de quince años de edad del General Cleofanes, del Cuerpo de Caballería Elite denominado "Hetairios" (Compañeros).

Lo que no podía decirle a la esclava, era que los espías del General Antíoco, habían detectado infidelidades menores en el General Cleofanes, contra Filipo. Esto podía ser la semilla de una rebelión sediciosa.

Filipo había elegido seducir a una hija de Cleofanes, la más bella, para mantener a su lado a un buen

soldado, que en los tiempos que corrían podía ser muy necesario.

Podía visitar a Olimpia, pero eso sería rebajar el nombre de la familia real, los Argeas.

Nunca como ahora, que se jugaba el destino de la dinastía de los Argeas en Macedonia y el mismo destino de Macedonia, era necesario mantener la dignidad personal del Rey (Basileo).

Olimpia se retiraba a sus aposentos privados, rodeada de sus mascotas, las serpientes, y sus numerosas esclavas, unas trescientas. Sólo recibía visitas de su hijo Alejandro Tercero y de su adoptivo Aristandro.

Esto era natural, al seguir sus afectos personales más profundos, pero llegó a rechazar una visita de su hermano Alejandro de Epirus, tan sólo para no molestar a Filipo en lo más mínimo.

A Olimpia le aterraba seguir el mismo destino de las dos esposas anteriores (y simultáneas) de Filipo Segundo.

Filipo debió encontrar el tiempo y el momento, mientras preparaba el más poderoso ejército de

Macedonia, con la ayuda incondicional de los millonarios de Amfípolis y la explotación intensiva del oro y la plata del Monte Pangeo, para hablar con su hijo Alejandro.

En el jardín de los Olivos, el más protegido del palacio real de Pella, congregó a los Hetairios (Compañeros), Cleitus, Cleofanes, Antíoco, padre de Seleuco y al grupo de siete jóvenes que era toda su esperanza de dominar el mundo entero.

Allí estaban Seleuco, siempre calmo, Antígono, siempre inquieto y desatento, Ptolomeo, el más aplicado en los estudios, Lisímaco de Tracia, Casandro, Antipater (que estaba casualmente de visita), Heifasto, el "hermano de leche" y Alejandro.

Pronto se les unió Aristandro, (enamorado de la Palestra-gimnasio- y demorado por sus atractivos), jefe, maestro, amigo, confidente, el más confiable para Filippo, el más amable para Alejandro.

Todos vestían de gala, para reunirse con Filippo, con sus atavíos uniformes de piel de cabra labrada.

Filipo rompió el tenso silencio: Parecéis dioses, sanos, bellos, limpios, inteligentes y fuertes.

Soy el Dios Apolo, dijo Alejandro, manteniendo el rostro serio y sereno. Parecía creerlo realmente.

Filipo rió a carcajadas de manera estruendosa, ya menos asombrado por la insolente soberbia de su hijo favorito.

Filipo rió largo rato, apoyando su mano en el brazo de Cleitus, sentado a su lado, mientras Antíoco y Cleofanes miraban con envidia, la natural comunión de ambos guerreros. Filipo gozaba del momento como si fuera el último. Era un raro e infrecuente momento de alivio a sus tristezas y preocupaciones de conquistador, mujeriego, Rey y Guerrero.

Qué maestro le daremos al nuevo Apolo-preguntó Filipo.

Tiene que ser más grande que Aristandro, dijo Alejandro, como cariñoso halago a su admirado maestro y amigo.

Filipo miró largamente a Aristandro, siempre muy silencioso. Quiero tu opinión.

Aristandro respondió: Majestad, noble Filipo, antes de ir a Delfos pasé unos días en Atenas, con mis concubinas.

Me adelanté a este momento, sabiendo la idea que te ocupaba, por algunos comentarios casuales de los Generales Hetairos.

El año pasado (el 347 A.C.) falleció Platón, jefe de la célebre Academia, fundada en un buen momento astrológico para que dure unos mil años.

Me dijeron en Atenas, los discípulos de Platón, que sin duda el sucesor debiera ser Aristóteles, pero éste nació en Stagira, al Sur de Amfípolis y es un extranjero sin derechos civiles en Atenas.

Aristóteles es hijo de nada menos que Nikómako Stagirita, un médico célebre del Gremio de Asklepio (Esculapio).

Nikómako atendió al Padre de Filipo, Amyntas, en más de una ocasión.

Aristóteles tiene unos cuarenta años de edad. (Nacido en el 384 A.C.).

Se mudó a la ciudad de Assus en Asia Menor a los 37 años de edad, poco después de la muerte de Platón.

Se casó allí con Pithias, una exótica doncella de 18 años de edad.

Dice que la mujer madura a la edad de $9 \times 2 = 18$ años. En cambio el hombre madura en $9 \times 4 = 36$ años.

En Assus estudió profundamente a los animales, a los que ama. Dijo que debe desintoxicarse de los estudios matemáticos y astronómicos de la Academia de Platón.

Desde Assus, una vez casado con Pithias, se mudó a la ciudad de Mytilene, en la isla de Lesbos. Es una ciudad con una historia muy pesada y eso le atrajo. Allí escribió sobre la causa final de la vida (Biología Teleológica)...

Filipo escuchaba con sumo respeto al erudito atleta Aristandro. Hizo una larga pausa de silencio mientras recurría a uno de sus gestos favoritos, extendiendo el brazo derecho con la mano abierta hacia abajo, como clara señal no verbal de que Aristandro callara.

No debes decirme más nada sobre este tema, Aristandro. Creo que ese es nuestro hombre para este grupo de siete preskoteos (semidioses).

Vete a Metylene en Lesbos y contrata rápidamente a Aristóteles, como maestro de Alejandro Tercero y su pequeño grupo de amigos. Será también tu maestro Aristandro. Supongo que tienes algo que aprender a los 23 años que tienes.

Majestad, hay todavía un problema -dijo apesadumbrado Aristandro- Aristóteles tiene un amigo cercano, inseparable, desde la Academia de Platón. Su nombre es Teofrasto de Ereso.

No hay problema, contrata a ambos, y tendremos dos cabezones al precio de uno. Dales a ambos el salario que te pidan.

Tenemos cinco mil esclavos asiáticos en el Monte Pangeo, nuestra fuente de oro y plata.

Además pronto seremos dueños del mundo.

Aristandro no pudo detener el humor, del cual era también un maestro.

Majestad, no se queje de la soberbia de Alejandro, tiene a quien salir.

Solamente Aristandro podía darse el lujo de bromear con Filipo de esa manera. Tal cosa no le era permitida ni siquiera a Alejandro Tercero.

Filipo rió nuevamente, aunque ligeramente molesto. Gritó: ¡Dónde está Cleopatra! Se aseguró de que Olimpia escuchara desde los aposentos privados que ella ocupaba como forma de aislamiento.

Volvió a gritar con más volumen e ira (para Olimpia): ¡Que me traigan a mi futura esposa Cleopatra !

En secreto, Filipo se llenaba de ira por estar perdiendo a Olimpia, sin ver una manera de hacer algo dignamente para salvar la relación.

Ambos habían peleado por el poder sexual en la relación, casi desde el primer día en que se vieron.

De pronto recordó la poderosa Liga del Departamento (Nomos) de Boecia, liderada por Tebas y su rostro se ensombreció, preocupado con la "inevitabilidad aparente" de una nueva guerra.

De la ira pasó rápidamente a la tristeza. Al llegar la púber Cleopatra, vestida con la sutil desnudez de la seda, que evidenciaba la erección excitada de ambos pezones, Filipo se hallaba tristemente mirando el suelo, absorto en sus preocupaciones.

Cleopatra despidió, con aires de reina, a todos los guardias y le dijo a Filipo en el oído: Majestad, quiero un orgasmo mortal.

Ella se sintió contagiada por Filipo, por el deseo de escapar de la realidad terrible que los seres humanos construyeron sobre la tierra. Besando y lamiendo las

ingles de Filipo, arrodillada bajo su toga, buscó los ojos de su Rey.

Filipo había cerrado los ojos y de ellos caían abundantes lágrimas silenciosas y avergonzantes.

Filipo lloraba por la pérdida de Olimpia, más que por la inminencia de otra guerra inevitable.

CINCO

Cuando Aristandro llega a Mytilene, en la costa este de la isla de Lesbos, acompañado por dos de sus concubinas más jóvenes, Crysa y Metila; se llevó varias sorpresas. En primer lugar Mytilene no era una villa aislada en el Mar Egeo, sino una ciudad próspera y floreciente, de construcciones artísticas, coloridas y novedosas.

Se veían niños sonrientes y bien alimentados, quienes fueron los que le informaron fácilmente del paradero de Aristóteles, Pythias y Teofrasto de Ereso. No era este un lugar donde las cosas llegaban con esfuerzo.

Otra sorpresa fue aceptar que la imagen que se había hecho de Aristóteles no tenía conexión con la realidad.

Aristóteles vivía en una casa de las afueras de la ciudad, totalmente blanqueada y rodeada de grandes huertos frutales y de olivos.

En los grandes huertos pastaban numerosas cabras, por lo menos cien, y había numerosos esclavos

ordeñando y recogiendo frutas o aceitunas. Una niña traía una canasta con unos veinte huevos, de un gallinero cubierto con techo de paja y también elegantemente blanqueado.

El joven y sus mujeres, Crysa y Metila, de 16 y 17 años de edad respectivamente, fueron recibidos cálidamente por cuatro esclavos de ambos sexos, muy bien vestidos y bien alimentados.

Aristóteles no vivía en un tonel, o en edificios públicos, mendigando alimentos y medio aislado del mundo, como lo hacía Diógenes el cínico y anarquista.

La sala estaba lujosamente amueblada y se sentía el olor a madera recientemente cortada, de cedros del Líbano.

Pythias recibió sonriendo y con los brazos abiertos a los tres jóvenes de Macedonia, con quienes no podía hablar, por la diferencia idiomática. Por señas les invitó a sentarse y pronto trajo queso de cabra, aceite de olivo, pan casero recién horneado y aromático, y una generosa y gorda jarra de vino tinto.

Pronto llegó Aristóteles vestido con una toga blanca de algodón bordada en oro, con las letras griegas "Hyerofantes" (el revelador de lo sagrado).

Llevaba sandalias de cuero vacuno, forradas en seda blanca. Llevaba un anillo de oro muy pesado en cada dedo de ambas manos, excepto en los pulgares. Sonriendo y sin hablar, les mostró la casa, cuyas paredes estaban cubiertas de estantes de cedro sosteniendo innumerables libros manuscritos de muy alto costo y abultado grosor. La mayoría eran tratados de Matemáticas y Astrología, Ética, Política, Escultura y Tratados Marciales de muchos generales griegos y persas.

Regresaron a la sala, sin ver el dormitorio. Se sentaron en círculo en muy cómodos sillones de metal y cuero. Aristóteles les hizo un ademán silencioso, invitándolos al pan caliente, el queso de cabra y el vino tinto.

Pythias llegó trayendo una fuente con dientes de ajo pelados y muy rojos tomates frescos. Todo transcurría en silencio. Se respiraba paz, contento, abundancia y simplicidad dentro del lujo.

Aristóteles parecía más joven que sus años e irradiaba paz y contento. Era apuesto y delgado. Sus ojos brillaban sobre una barba mediana, muy negra, con canas tempranas.

Aristandro rompió el silencio y hablando griego académico (Koiné) preguntó: ¿Teofrasto?

Es nuestro vecino, respondió Aristóteles. Pero podemos hablar nuestro idioma.

Aristandro se apresuró a decir que prefería hablar en griego Koiné, ya que las muchachas eran originarias de Illyria Albana.

Lo que traigo es un mensaje confidencial de Filipo Segundo de Macedonia.

El rostro de Aristóteles no se inmutó.

Usted dirá Aristandro, y lo dirá en griego.

Aristandro, consciente de lo delicado de su misión, dijo, tras un largo suspiro: Maestro revelador de las ciencias y los Dioses, Filipo me encomendó que le rogara que se instale en la ciudad de Pella, en Macedonia, para introducir en las ciencias y los misterios a varios jóvenes, entre los cuales me encuentro, pero ellos son unos diez años más jóvenes, entrando a la adolescencia con unos trece años de edad cada uno. Uno de ellos es nada menos que el célebre Alejandro Tercero de Macedonia.

Aristóteles dijo: estaré muy feliz de aceptar a los jóvenes aquí, en Mytilene. Todos podrían encontrar muy buen alojamiento y servicios en las varias casas de mi propiedad, más allá de los huertos que han visto.

Filipo me dio a entender que estarán Usted y su nueva esposa mucho más seguros en Pella, que en Mytilene.

Espero que entienda, Maestro. Esta ciudad está más cerca de Persia.

Aristandro apoyó sus palabras, con un gesto de sus manos encontradas frente a su cuello, con los dedos de cada mano tocando la punta de los dedos de la otra.

¿Ares? preguntó Aristóteles.

Aristandro sonrió aliviado por la rapidez de la inteligencia del maestro.

ARES, confirmó. Elevando el volumen de su voz.

Ares era el nombre del Dios de la Guerra, entre los griegos.

Me apresuro a decirle que Filipo comprará esta propiedad, o cualquiera que Usted desee vender, incluyendo a los esclavos, a muy buen precio.

Me apresuro a decir que Teofrasto de Ereso recibirá las tres cuartas partes de su salario, Maestro.

El salario será fijado por Usted mismo, lo cual incluye los costos de su traslado a Pella y el alojamiento de lujos reales en esa bella ciudad. Habrá otra casa para Teofrasto, como segundo regalo, además de la vuestra.

Aristóteles dijo: Mil talentos anuales y 750 para Teofrasto.

Aristandro extendió la mano, que pronto estrechó Aristóteles.

Luego todos comieron en silencio, con frecuentes intervenciones de los esclavos de Tracia, Lydia, Egipto y Asia Central.

La atrevida Crysa, dijo al oído de Aristandro: Ya he contado doscientos esclavos.

Aristandro la ignoró; bebiendo lentamente de su inmensa copa de vino. Miraba un brillante diente de ajo casi esférico, que sostenía delicadamente en su mano izquierda.

Todo era más fácil y diferente a las ansiosas anticipaciones de su pensamiento y su imaginación florida.

SEIS

Filipo Segundo llamó a dos escribas, de los más afamados en Pella, para dictar una carta a su subordinado y amigo Parmenio de Ecbatana.

Filipo sabía escribir pero prefería usar a los profesionales, siempre dos, para reducir el número de errores y omisiones en la escritura. Al final del dictado, Filipo siempre corregía personalmente sus cartas, y ésta, en especial, tenía un doble significado: 1) acercarse a su mejor soldado. 2) encomendarle una misión muy delicada, digna de gran confianza.

Filipo leyó:

Muy estimado General Parmenio de Ecbatana
(Media en Irán):

Lo encomiendo a Apolo Febo, que nos libra de todo mal. Le escribe Filipo Segundo, Basileo de Macedonia, quien recuerda que pronto habrán pasado diez años desde su incomparable triunfo frente a los sediciosos de Illiria-Albana.

Ya ve que no olvido uno de los motivos de mi enorme confianza a esa encarnación de un gran soldado, que Usted es.

Tengo ideas sobre su ciudad natal, de las que hablaremos al final de esta pequeña misión secreta. Para un grande como Usted, la misión es pequeña, pero el secreto grande.

Necesito que un Comandante de gran confianza, como lo es Usted para mí, ejecute el traslado del Maestro Aristóteles Stagirita, desde Mytilene de Lesbos hasta su nuevo alojamiento en Pella de Macedonia, el cual será develado al arribo del mencionado maestro. Este Maestro viaja con su nueva esposa Pythias, a quien él la dobla en edad, lo cual siempre es un signo de estabilidad viril, hasta el día que ella lo arroje a los lobos y a los leones. Con ellos viajará Teofrasto de Ereso, casi tan cabezón como nuestro Maestro Aristóteles,

Si Usted considera que ésta misión está por debajo de su rango y persona, puede delegarla, pero creo que nadie puede realizarla como lo haría Usted, mi querido General, Hetairo y amigo.

Insisto que le reserve una inmensa misión, digna de Usted, al terminar la que le propongo.

Espero que queme Usted este documento, muy importante, una vez leído. El mensajero que le llevará esta carta, aguardará para ser testigo de su holocausto (quemar por completo). Su nombre es

Aristandro (el mejor de los varones) y hasta hoy le ha hecho honor a su excelso nombre.

Lo encomiendo también a Zeus creador y a la diosa Athena, para que lo mantengan con vida y salud hasta que Usted se canse de ambas.

Filipo Segundo de Macedonia

Después de sesenta días, la misión de Parmenio de Ecbatana quedó cumplida con éxito. Se vio la generosidad de Filipo en los aposentos que les regaló a los dos filósofos.

Hubo muchos banquetes de recepción y abundantes honores para los repatriados. El último banquete, planeado por Aristandro, debía ser solamente entre Aristóteles y Alejandro Tercero, pero éste se opuso a la idea, presentando la contrapropuesta de que participaran también Aristandro y Heifasto.

El día antes del comienzo de las clases con los siete semi-dioses de Filipo, almorzaron juntos los dos filósofos con los tres jóvenes.

Terminada la exquisita comida, Alejandro se dirigió a Aristóteles, un poco pasado de vino:

Usted es un hombre bueno.

Aristóteles miró largamente a Alejandro sin decir nada.

Aristandro agregó: ¿es usted bueno?

Fue obviamente demasiado para Aristóteles, que contestó con rapidez:

Cuando uno afirma o pregunta que uno es bueno, es porque existe una imagen preconcebida de lo que es un hombre bueno.

¿Saben Ustedes, amables jóvenes, lo que es un hombre bueno?

Alejandro dijo: es un hombre sano, limpio, inteligente, bello y fuerte.

Aristóteles respondió: esos son fragmentos de la bondad.

Para entender lo que es ser un hombre bueno hay que entender primero las categorías de los valores. Esto quiere decir que hay bondad instrumental, técnica, contribuyente y final.

La bondad instrumental es cuando un hombre es bueno para que se cumpla la voluntad de Zeus. Ese hombre acepta su destino sonriente y en paz.

La bondad técnica es cuando un hombre es bueno en lo que hace para ganarse el pan. Es buen médico, buen arquitecto, buen abogado, buen sacerdote.

La bondad contribuyente es cuando un hombre es bueno para otros seres humanos, sean éstos de su familia, su nación, o su especie humana.

Pero un hombre es finalmente bueno, cuando su bondad es final.

Ese es un individuo predecible, estable, calmo, sensato, compasivo, que no pierde el contacto completo con la realidad interna y externa.

Mañana regresaré para impartir mi primera clase y dialogaremos sobre esto. Les preguntaré precisamente si Aristóteles es bueno y vosotros me contestaréis de acuerdo a estas categorías.

Aristóteles dio por terminado el diálogo llamando a sus esclavos, para que lo acompañaran de regreso a su bello hogar, regalo de Filipo Segundo.

Una vez que Aristóteles hizo su rápida retirada, los jóvenes se miraron mutuamente.

Ambos estaban de pie. Mirándose mutuamente comenzaron a reír. Estamos en dificultades

Aristandro, dijo Alejandro Tercero de trece años de edad.

Lo estamos amigo, contestó Aristandro, riendo aún más y flexionando su cuerpo para apoyar sus manos en las rodillas y seguir riendo sin parar.

Con este cabezón estamos en serias dificultades.

Y continuaron riendo por largo rato.

SIETE

Aristandro de Naxos y Alejandro Tercero congregaron a todos los alumnos, que comenzarían las clases con Aristóteles al día siguiente.

Estaba ausente solamente Casandro, hijo de Antipater, un hombre complejo, que quedaba como Regente transitorio de Macedonia, cuando su Rey (Basileo) Filipo Segundo partía en pos de sus ambiciones militares.

Además de los dos anfitriones, llegaron Antígono, Ptolomeo, Heifasto, Lisímako, y Seleuko Nikator, hijo del General Hetairo Antíoco.

Estaban todos ansiosos de no perder la dignidad real, que todos ellos gozaban, en manos del gran Filósofo.

La corta conversación que habían tenido los hizo conscientes de que Aristóteles era "un pesado cabezón."

Elaboraron una estrategia a desarrollar con respecto a la pregunta que se iba a realizar en la primera clase:

¿Es Aristóteles bueno?

Aristandro dejó claro, que nadie debía dejarse engañar por la simplicidad de la pregunta, ya que Aristóteles había exprimido y pulido la palabra "bueno" hasta dejarla brillante y compleja.

Todos llegaron a la clase con ropas de gala, sabiendo que Aristóteles era muy presumido, con sus anillos múltiples y costosos y sus complejos atavíos. Todos querían presentarse lo mejor posible y satisfacer en todo a tan excelso Maestro.

Todos tomaron asiento. Los asientos estaban dispuestos de manera circular en el jardín de los olivos.

Aristóteles se dirigió a Alejandro Tercero así:

Vuestra merced ya sabe el tema a tratar hoy.

Alejandro respondió, poniéndose de pie:

El tema es, si Aristóteles es bueno.

Muy bien, veamos primero la respuesta de Alejandro, ya que ocupa la posición social más privilegiada, entre todos los que aquí estamos.

Se apresuró Alejandro en contestar: Creo que un hombre es bueno cuando es sano, inteligente, bello, fuerte y limpio.

Dijo el Maestro:

Alejandro ha repetido la respuesta que me dio ayer, antes de mis aclaraciones, con la sola diferencia de haber colocado la palabra "limpio" al final de su terriblemente escuálida definición.

Seleuco Nikator no pudo contener la risa, y le siguieron luego todos, en las carcajadas, con excepción de Aristandro y Aristóteles, que permanecieron serios y silenciosos.

Prosiguió Aristóteles:

Esto me hace creer que todo lo que dije ayer en su presencia Alejandro, le entró a Usted por una oreja, no sé cuál, y le salió por la otra. Esto me hace pensar que Usted ha sido más contagiado por su bello caballo Bucéfalo, que por el Dios Apolo Febo Alexikako, a quien Usted tan bien ha remedado en Delfos.

Todos estallaron en carcajadas mucho más fácilmente que la primera vez, al unísono.

Alejandro había aprendido de Aristandro cómo mantener la calma. Escuchó todos los sonidos al mismo tiempo, sin dejar de percatarse de su deseo de matar al filósofo.

Dijo Alejandro fingiendo calma:

He definido al hombre bueno como me han enseñado en Macedonia.

Alejandro; ¡pero has olvidado mi enseñanza de ayer mismo! Esto nos dice que sigues hablando sin saber de qué estás hablando, tal como lo hace la chusma de la calle. Has dicho "creo que un hombre es bueno, cuando es así y asá."

Veamos ahora qué es un hombre, para no hablar del hombre sin saber lo que es.

Alejandro dijo rápidamente: un hombre es un animal que razona y habla.

Eso lo dice también la chusma en la calle.

Más risas de todos.

Alejandro se sentó sin contestar, en un acto de silencioso desafío.

Hay ... cinco... conceptos ... de... "Hombre" ... basados... en... cinco categorías, dijo lentamente el Maestro.

Las categorías son: Genus, especie, diferencia, propiedad y accidente.

Veamos los que tenemos ojos y oigamos los que tenemos oídos. Genus es cuando decimos: "Alejandro es un animal".

Más risas de todos. Alejandro se ruborizó de ira.

Continuó impassible el Maestro: Especie es cuando decimos: "Sócrates es un ser humano."

Diferencia es cuando decimos: "La racionalidad y el lenguaje son solamente del ser humano."

Propiedad es cuando decimos: "La risa es del ser humano solamente, no de otros animales mamíferos."

Todos miraron a Alejandro, riendo. Alejandro había comenzado a marearse de rabia. Le entró miedo de desmayarse. Estaba pálido.

Terminó Aristóteles: Accidente es cuando "Sócrates estaba pálido después de un ayuno."

Alejandro pudo recuperarse, y dijo esta vez sin dejar su asiento: Tengo perros que sonríen y Bucéfalo estalla en carcajadas a menudo.

Aristóteles llamó a sus esclavos, que llegaron a buscarlo en un carruaje de dos ruedas, que era como una pequeña celda negra y lujosa con dos ruedas y una puertecilla estrecha al lado derecho.

Antes de entrar a su carruaje, les gritó el Maestro: Eso se conoce como relincho. Y mañana vengan despiertos.

Todos quedaron en silencio, viendo alejarse al carruaje de Aristóteles.

Rompió el silencio Aristandro: estas clases van a ser cortas, pero difíciles.

OCHO

Corría ya el año 339 Antes de Cristo y Alejandro tenía 20 años de edad.

Filipo había ya enviado dos mil esclavos más al Monte Pangeo.

Estos esclavos eran de Lidia y Frigia, (hoy Turquía).

Se trabajaba con antorchas en los túneles, de día y de noche, en dos turnos de doce horas cada uno.

Era necesario el oro para pagar otra guerra.

Filipo Segundo necesitaba el oro y la plata de ese monte para reorganizar su ejército y construir las nuevas torres de asalto móviles y las catapultas que sus ingenieros ya habían diseñado. Pero Macedonia ya no contaba con un presupuesto para hacerlo.

La gran batalla, que todos veían como "inevitable" , ocurrió de manera dramática y rápida.

Había sido bien planeada por Filippo Segundo de Macedonia, quien quería darle una "lección final" a Atenas, pero sobre todo a Tebas de Grecia, que

estaba más cerca de Macedonia, y que había adquirido un poderío político y militar sin precedentes en su historia.

La batalla se dio en Keronea, en el Valle de Boecia, al Norte de Tebas.

La flexibilidad y la penetración del Ejército y la Caballería de Filipo hicieron que los soldados de Grecia (Hellas) fueran asesinados sin que se hubieran movido de su posición inicial.

En sus tumbas se lee *(aún más de 2350 años después)*: "Por salvar a nuestra sagrada Hellas fuimos masacrados."

El historiador Plutarco escribió sobre esa significativa batalla, que le dio a Alejandro Tercero el fundamento real, para sus ambiciones de unir al mundo entero bajo su tutela:

"Un poder divinamente ordenado determinó el curso de los eventos para terminar con la soberanía de los griegos"

El mismo gran orador Demóstenes, quien hablaba frecuentemente en el Senado de Atenas, peleó en Keronea, pero para su embarazo y desgracia, arrojó su escudo y sus armas para poder escapar más rápido corriendo.

Los soldados de Tebas que sobrevivieron fueron transformados en esclavos, Se estableció una oligarquía de Filipo para gobernar Tebas. Se disolvió la Liga de Boecia (antimacedónica) y se estableció en Tebas una base militar Macedónica.

Filipo pagó un alto precio por el mayor triunfo militar de su vida. Recibió una profunda herida de jabalina en el lado derecho del rostro, perdió ese ojo, y la herida curó con una grosera cicatriz deformante.

Por todo esto, en Atenas hubo terror de lo que haría Filipo con la gran ciudad, pero éste, formado por el noble Amyntas y llamado a la sobriedad por su terrible herida facial, devolvió los soldados de Atenas a su ciudad, sin pago de rescate.

Filipo no envió tropas a la península de Atica ni barcos de guerra al puerto ateniense del Pireo. Alejandro y Heifasto fueron encargados de llevar las cenizas de los masacrados a la ciudad de Atenas. Allí Alejandro fue ovacionado por el pueblo.

Esa ovación fue el fundamento psicológico, que quizá se debiera a su desempeño como el dios Apolo en Delfos, cuando tenía solamente doce años de edad, para que Alejandro emprendiera su campaña mundial para unir a toda la humanidad con un idioma (el griego Koine) y sin las distinciones y

prejuicios raciales que había aprendido (y despreciado) de su Maestro Aristóteles.

Filipo Segundo de Macedonia, padre de Alejandro Tercero, podía ahora cumplir sus planes de atacar al Rey de Persia (el rey más poderoso de su tiempo).

Le había llevado veinte años someter a sus vecinos de Epirus, Tracia, Illiria Albana y la misma Grecia ahora.

Los impuestos de los griegos fueron reducidos por Filipo de sesenta talentos a diez cada año, por persona.

En Delfos construyeron una gran estatua de mármol para Filipo.

Esparta guardó el silencio de los sometidos. Atenas aceptó, un año más tarde, en el 338 A.C, la paz de Corinto, que nombraba a Filipo "Hegemon" de Grecia.

"Hegemon" era un eufemismo griego para decir Rey (Basileo).

Aristóteles, ahora radicado en Stagira, su ciudad natal, escribía sobre la democracia de Atenas, mientras Filipo Segundo de Macedonia (un rey

extranjero), le daba órdenes a la marina de guerra de esa gran ciudad.

NUEVE

Durante seis años Filipo Segundo de Macedonia luchó contra su propia ambivalencia sentimental.

Abandonar a Olimpia significaba una posible recurrencia de los problemas con el Reino de Epirus. No casarse con Cleopatra, después de tanto tiempo de vivir con ella como concubina, implicaba un "desprecio nada despreciable" a su General Cleofantes, padre de Cleopatra, un Hetairos respetado por todos los otros generales de su ejército.

El reclutamiento de jóvenes macedonios continuaba, ya que Alejandro Tercero aconsejaba no depender de mercenarios.

El oro del Monte Pangeo fluía constantemente, gracias a miles de esclavos que trabajaban día y noche en sus minas, y pasaba a las fundiciones de la vecina ciudad de Amfípolis para ser transformado en monedas deseables en todo el mundo conocido.

Con esas monedas se construían torres móviles, catapultas, jabalinas de hierro de tres metros de

longitud, espadas y escudos, arcos y flechas, armaduras de cuero para los soldados y de bronce para los generales; zapatos de cuero reforzado, cascos de cuero doble y **medallas vistosas** para los miles que iban a quedar inválidos en las batallas por el dominio del mundo, que tramaban Filipo y Alejandro.

Aristandro recibió la orden, siempre difícil, de preparar la fiesta de matrimonio entre Filipo y Cleopatra.

Se fijó la fecha de la boda y esto hizo que creciera la ansiedad de Olimpia.

Hizo llamar a Alejandro para una urgente conversación.

Alejandro acudió con Heifasto, su hermano de leche, lo cual era un recordatorio a Olimpia, que ella no había dado su leche materna para alimentar al bebé Alejandro.

Hijo mío -dijo Olimpia- el día de mi casamiento con tu padre Filipo murieron las dos esposas que éste tenía. Yo no quiero ser la tercera esposa muerta, el día de la boda con Cleopatra.

Madre -dijo Alejandro- tendrán que pasar por sobre mi cadáver los que quieran hacerte algún daño.

Hijo mío, creo que hay una sola solución y una sola precaución: que yo regrese a Dodona de Epirus, para estar completamente a salvo. Epirus es un reino sumiso a Macedonia en este momento, pero Filipo no se arriesgaría a hacerme matar en Dodona.

Madre mía, puedes contar con una escolta de cien soldados, incluyendo mi presencia a tu lado, en el viaje que quieres emprender a Dodona.

Olimpia salió esa misma noche hacia el Oeste, con rumbo a Dodona, en Epirus.

Alejandro salió con ella comandando cien de sus mejores hombres de manera secreta.

Heifasto no quiso ser menos, y para no ofender a nadie, dijo que los acompañaba a Epirus con el objeto de comprar algunas concubinas. Todos los jóvenes amigos de Alejandro, los preskoteos o semidioses, habían aprendido a envidiar la inteligencia de Aristandro, los conocimientos médicos y astrológicos de Aristandro, la destreza atlética de Aristandro, el conocimiento militar de Aristandro, pero no menos envidiaban sus cinco bellas concubinas, que hacían un deleite de las noches de Aristandro de Naxos.

En la mañana siguiente, el General Antíoco hizo despertar muy temprano a Filipo Segundo de Macedonia.

Majestad -le dijo- Alejandro te ha traicionado. Se ha fugado con Olimpia y Heifasto hacia Epirus. Colijo que hará un pacto con el Rey de Epirus para reiniciar las hostilidades con Macedonia, buscando el trono y la corona que te pertenecen.

Aún un poco dormido, Filipo dijo que había que actuar con cautela, en eso de sacar conclusiones apresuradas.

Dijo que había que darle una oportunidad a Alejandro, quien quizá solamente quisiera acompañar a su madre, temerosa, a su país natal.

Pero sin perder sus instintos militares, dio órdenes de que los preparativos de la fiesta nupcial continuaran como si nada pasara, mientras sus Generales Hetairos, los más fieles, se prepararan para un combate posiblemente inmediato.

Despidió a Antíoco e hizo llamar a Parmenio, su segundo en rango militar. Parmenio - le dijo- debes salir hacia Epirus con cinco mil hombres y hablar con Alejandro. Si Alejandro diera la más mínima muestra de sedición o traición, debes matarlo en el acto.

Tú pasarías a ser mi sucesor en el trono.

Pero Parmenio, te ruego seas claro en tu evaluación de mi muy querido Alejandro Tercero, mi real sucesor.

Tú sabes que mi vida nada sería sin Alejandro. Tú bien sabes que ese loco lindo es mi vida y mi esperanza.

Ante todo -dijo Parmenio- quiero agradecer la confianza de su Majestad en mi persona y mi arte militar.

Pero como amigo que me siento de Filipo Segundo, haré lo imposible para que Alejandro entre en razón.

Tengo la esperanza que de esta pequeña misión, regresemos cinco mil cien.

Filipo y Parmenio se abrazaron.

Filipo regresó a su habitación y su lecho. Comenzó a llorar convulsivamente, cubriendo su rostro con las manos. Cleopatra lo miraba incrédula y confusa.

DIEZ

Parmenio llegó a la ciudad de Dodona en el Reino de Epirus muy rápidamente, a pesar de haber organizado el viaje y los alimentos para cinco mil hombres a su servicio.

Aristandro lo había ayudado con la parte matemática de esta pequeña, pero muy importante misión.

Parmenio hizo rodear el Palacio de Neoptolemo, y a través de mensajeros, obtuvo rápidamente una entrevista con Alejandro.

Parmenio tuvo que aclarar varias veces que venía en misión de paz, a pesar de la presencia de cinco mil soldados macedonios.

Alejandro invitó a pasar a Parmenio, pero éste era demasiado desconfiado, sobre todo en territorio de Epirus, que había sido uno de los enemigos de Macedonia, unas dos décadas atrás.

Finalmente Alejandro se encontró con Parmenio en la tienda de campaña de éste.

Salud Parmenio -gritó Alejandro al entrar-.

Salud noble Alejandro -dijo Parmenio- Tú sabes que tu padre está muy preocupado por esta súbita ausencia tuya, que fue no anunciada. Tiene derecho Filipo a creer que has venido a territorio de un antiguo enemigo, a consumir un pacto sedicioso. Alejandro, que había venido con Heifasto, rió largamente.

No, querido Parmenio. Amo demasiado a Filipo para traicionarlo. Simplemente acompañé a mi madre a visitar a su padre en la ciudad de Dodona. Quiero aprovechar la ocasión para hacerme de unas pocas concubinas, para apaciguar la envidia que me evoca Aristandro con las suyas. **Llevarme unas concubinas de Epirus apaciguará la contenida ira de Neoptolemo, quien no comprende por qué Olimpia quiso regresar a su país natal.**

Parmenio rió. Todavía veía a Alejandro como un chiquillo caprichoso y no como a un guerrero de 22 años de edad, quien había probado su valor en la batalla muchas veces.

Me alegra mucho que nuestras dudas no tuvieran fundamento.

Pero la celebración de las nupcias de tu padre con Cleopatra no se ha cancelado ni postergado. Te esperamos en Pella de Macedonia.

Si te hace feliz, querido Parmenio, regresaré contigo, para que cesen del todo las dudas sobre mi persona.

Parmenio abrazó a Alejandro.

Después de las siguientes 36 horas, los cinco mil cien soldados de Macedonia regresaron a Pella.

Esta fue la excusa para sacar a la calle a todos los ciudadanos de Pella, y ovacionar a Alejandro por enésima vez.

Pocos sabían que esa ovación culminaba con los Planes de Filipo, para restaurar la confianza en Alejandro, que habían perdido algunos de sus Generales Hetairos.

Fueron Cleofantes, Antíoco y Antipater Hegemon los que habían realizado la difícil tarea de sacar de sus casas a los habitantes de Pella. Pero la ovación popular a Alejandro había sido espontánea.

Filipo le dijo a su esposa Cleopatra: Ahora Alejandro está listo para comenzar la campaña contra Persia

¿Dudabas de Alejandro? Preguntó Cleopatra.

No. Simplemente quería que Parmenio pasara la prueba de fuego, despreciar mi trono a cambio de continuar siendo fiel.

ONCE

Filipo Segundo de Macedonia fue asesinado públicamente por un oscuro noble llamado Pausanias. Este fue asesinado a su vez por Parmenio.

Se habían reunido todos los nobles de Grecia y Macedonia para preparar el asalto a Persia.

Inmediatamente Parmenio gritó : Ovacionemos a Alejandro Tercero, nuevo Rey de Macedonia y futuro dueño del Mundo.

La ovación se perdió en el día ventoso y nublado.

Alejandro se apresuró a tomar el comando de la situación y declaró:

Tomo el trono de Macedonia y aspiro al Trono del Mundo.

Más generales lo ovacionaron esta vez.

Alejandro volvió a gritar, cerca del cuerpo ensangrentado de su padre: ¡Los príncipes de Luncestis son los culpables de este asesinato!

Los generales Hetairos se apresuraron a asesinar a los Príncipes de Luncestis, allí presentes, que reinaban al Oeste de Pella, antes de llegar a Epirus e Illiria Albana.

Hubo otra ovación para Alejandro, esta vez bien audible y en la que todos los nobles gritaron a favor del nuevo Rey.

Los que habían tramado la muerte de Filipo, eran los que ovacionaron más fuerte a Alejandro. Deberían esperar más tiempo. Los dioses protegían hoy a Alejandro.

Llegada la noche, se reunieron Parmenio, Heifasto y Aristandro, con todos los preskoteos o semidioses: Alejandro, Ptolomeo, Seleuco, Lisímaco, Casandro y Antígono.

Los nueve bebieron del mejor vino juntos. Los primeros en retirarse fueron Casandro y Seleuco.

Aristandro le preguntó a Alejandro si Antíoco le había dado datos sobre los Príncipes de Lucestis.

No, respondió Alejandro. Olvidas Aristandro, que soy Apolo Febo y mi información me llega directamente desde el Olimpo.

Había que indicar a un culpable, para aclarar el aire del día. Los Príncipes de Lucestis eran los indicados, porque servirán de advertencia a nuestros antiguos enemigos de Epirus e Illiria Albana.

Aristandro quedó estupefacto. Si Alejandro no era un Dios, ciertamente pensaba como ellos, sin piedad alguna.

¿Pero eran o no ellos los culpables de la muerte de Filipo? Preguntó Aristandro.

Alejandro respondió relajado por tanto vino: amigo, no busques al culpable verdadero. Encuentra pronto a un culpable, si quieres gobernar.

Rieron todos de mala gana.

Inmediatamente aprovecharon casi todos para retirarse. Quedaron solamente Alejandro y Aristandro, después de la caída del sol.

Dijo Alejandro:

Amigo Aristandro, salgo pronto en mi misión contra Persia, nuestro más viejo y peor enemigo.

Dejaré a Antipater Hegemon, como regente transitorio de mi trono, ya que su hijo Casandro me tiene mucha envidia y pocas veces me dirige la

palabra espontáneamente. Tú quedarás como su consejero principal.

Estaremos en contacto a través de mensajes y mensajeros secretos. Los mensajes deberán ser siempre quemados inmediatamente, una vez leídos por ti o por mi.

Quisiera llevarte como mi consejero, pero tu misión en casa es más importante que tu posible misión en el extranjero.

Esto me lo dijo el General Antíoco, pero yo ya lo sabía.

¿Cuándo sales ?

Ya lo sabrás por mi ausencia, amigo Aristandro.

Y Alejandro Tercero partió de Macedonia. Aristandro sabía que Alejandro no regresaría jamás, ya que los astros no mienten.

Los que mienten son los intérpretes de los astros.

Pasarían muchos meses antes de que Aristandro recibiera el primer mensaje escrito de Alejandro Tercero.

DOCE

El mensajero se presentó como amigo de Alejandro.

Artistandro no olvidaba el pacto verbal hecho con su amigo Alejandro.

Tanto el mensajero como el mensaje eran secretos.

El mensaje debía quemarse una vez leído.

Tomó el mensaje y lo leyó con avidez.

Querido Aristandro:

¡Que Zeus y Apolo no te olviden!

No he tenido tiempo ni ganas de escribir, desde que salí de mi querida ciudad de Pella.

Escribo yo mismo, ya que mis escribas están agotados de tomar mis órdenes a diversas ciudades, Sátrapas, Gobernadores y Generales dispersos por todo el mundo conocido.

Si no gano la riqueza de Persia (y pronto) no podré mantener este creciente ejército.

Me apena gastar tanto en el ejército cuando veo, por donde voy, tanta miseria, pobreza y hambre.

Te envío trece mil hombres para proteger Macedonia. Me quedan treinta mil hombres a pie y seis mil en Caballería. Están bajo los Generales Hetairos, todos amigos de Filipo y míos.

De todos, unos veinte mil son griegos y macedonios. Éstos dominan el arco y la flecha, la lanza de tres metros y la jabalina, pero la caballería sigue siendo nuestra verdadera fuerza en la batalla.

Llevo conmigo otro ejército de hombres desarmados. Estos son los científicos, matemáticos, médicos, astrólogos (ninguno tan certero como tú Aristandro), historiadores, arquitectos, ingenieros de la agronomía, de los puentes y de las catapultas y las torres móviles.

El gran historiador Calístenes está entre nosotros. Es un sobrino de Aristóteles.

La primera batalla ganada en Asia, fue, como sabes, la de Granicus. Allí vencimos a una coalición de tres Sátrapas Persas de Troya, Frigia y Lidia, en menos de cuatro horas de guerra. Los dioses Apolo y Ares están con nosotros, Apolo mismo, como sabes, en mi propia persona.

Usando todo lo que me has enseñado, por encima del racismo esclavista de Aristóteles, puse a Calas, un Sátrapa Persa, como Rey del Helesponto (tuve que crear ese Reino), Frigia y Lidia.

Me aseguro así de su fidelidad, cuando nos toque enfrentar al Gran Rey Persa Darío.

Al sur de Troya tomamos las ciudades de Mileto y Halicarnaso. Estas son ciudades costeras que pueden ayudarnos en el comercio y en la huída en caso de perder con Darío, cosa que jamás ocurrirá, te lo aseguro.

Siempre contamos con la Marina de Atenas, para extremas eventualidades. Tengo que escuchar a mis Generales en estas precauciones tontas, si quiero su fidelidad.

En Halicarnaso dejé como Sátrapa Gobernadora a una persa llamada Ada, viuda del gran Idreo, quien fue amigo de Darío.

Calas y Ada estarán a mi lado contra el Gran Darío de Persia.

En la ciudad Frigia de Gordio, me encontré con un inmenso nudo, bajo el cual estaba la inscripción persa: "El que desate este nudo será dueño del mundo."

Cuando vi que desatarlo era imposible, tomé mi espada pesada y la emprendí contra el nudo Gordiano. Estuve unas doce horas, sin comer ni dormir, golpeando el nudo con el filo de la espada hasta que lo destrocé.

Me ovacionaron soldados y generales.

Sigo mi carta, que escribo día a día o de semana en semana.

Después de vencer en Ankara, me vi frente a Darío mismo, en Issus.

Rápidamente, y por sorpresa, le vencimos.

El muy cobarde huyó a caballo, dejando a su esposa e hijas en los carruajes reales. Las traté con gallardía y cortesía. Les prometí que no dejarían de ser reina y princesas.

Me gusta Barsine, la hija mayor. Heifasto quiere comerse a la hija menor de Darío, llamada Drypetis.

Pienso que tenemos que desposarlas, aunque no nos gustaran, simplemente por razones políticas. Pero Heifasto todavía no se saca de encima a Aristóteles y dice que podemos tenerlas sin boda alguna.

Heifastos afirma, convencido, que ellas son inferiores a los macedonios y los griegos. Lo peor de todo es que los Generales Hetairos piensan como Heifasto.

Temo dar el paso de la boda con Barsine. Ganaría a Persia, pero perdería a mis propios Generales Hetairos.

Tuve una seria conferencia con Parmenio y los Generales Hetairos, quienes piensan que la primera prioridad es separar a la flota persa del ejército y la caballería persas.

Esto se hizo tomando las ciudades costeras de Siria y Fenicia. Yo tomé fácilmente las ciudades fenicias de Marato y Arado. Parmenio se fue solo a tomar Damasco, lo que también hizo con facilidad.

El oro del Monte Pangeo nos compró el mejor ejército del mundo.

Parmenio se encontró en Damasco con la gran sorpresa de que Darío, en su fuga apresurada, debió dejar su tesoro en esa ciudad.

Parmenio me dijo que en esos cofres está la mitad del oro que hemos extraído del Monte Pangeo.

Me conmueve la fidelidad de Parmenio, ya que podía haberse guardado el tesoro de Darío.

Nuestra campaña está segura desde entonces. No descansaré hasta tomar India y China.

Darío me escribió ofreciendo paz, pero le recordé todos los muertos de Grecia y Macedonia en manos persas en los últimos trecientos años.

Le contesté que debía rendirse sin condiciones. Espero su respuesta.

Retomo mi mensaje, después de varios meses, para que veas qué me pasa.

Vencimos en varias batallas menores.

La ciudad isleña de Tyro nos opuso gran resistencia, ya que nos llevó ocho meses dominarla.

Los Persas volvieron a atacar en esos ocho meses, la zona de Ankara y Gordio, pero allí había dejado a Antígono y Heifasto, quienes dieron cuenta rápida de los Persas, por segunda vez en la misma zona.

Hoy recibo una segunda carta de Darío, quien no acepta rendirse sin condiciones. Ofrece diez mil talentos para comprar a su familia (esposa e hijas) y nos deja, sin pelea, toda la parte Oeste del Río Éufrates.

Parmenio me dijo: "yo aceptaría si fuera Alejandro".

Le contesté: "Yo también aceptaría, si fuera Parmenio."

En Tyro no perdoné la vida de ningún varón. Perdimos casi mil hombres en ese prolongado sitio invernal. Mujeres y niños fueron vendidos como esclavos. Dejé que mis generales tomaran a las más bellas púberes de Tyro como concubinas esclavas.

Entraba el segundo invierno de nuestra permanencia en Siria, cuando visité la Jerusalem de los judíos y llegamos a Egipto. Los generales me dicen que Jerusalem debe ser gobernada desde lejos.

En Egipto, el Sátrapa persa Mazaces, ya había oído del destino de los pobladores de Tyro. Se entregó (con todo Egipto) sin resistir. Sacrifiqué el Taurus Apis de Egipto y me coronaron Faraón.

Los sacerdotes de Egipto tenían miedo de perder todo. Los tranquilicé y les dije que podían seguir engañando a la gente con su religión de fantasmas, siempre que dijeran que Alejandro Tercero de Macedonia, no es sino el Dios Apolo Febo Alexikakos. Aceptaron felices, sobre todo porque no les quitamos las bellas concubinas y sacerdotisas.

Pasamos el invierno eligiendo gobernadores nativos de Egipto, no persas como los actuales. Nuestro amigo Ptolomeo quedó como jefe del ejército persa (ahora del Faraón Alejandro).

Le encomendé al gran arquitecto Deinocrates de Rodas, que construyera la nueva ciudad egipcia de Alejandría, sobre el brazo occidental del Delta del Nilo, cerca del lago Mareotis.

Envié una expedición griega al origen del Nilo para diagnosticar y curar la causa de las inundaciones del Río Nilo.

La fácil conquista de Egipto nos deja, como gran cosecha, toda la costa oriental del Mar Mediterráneo.

En Egipto dejé a nuestro Ptolomeo como regente. En Siria dejé a Lisímaco de Tracia (ambos preskoteos, semidioses de Filipo).

Retomo mi carta. Luego marchamos hasta Gaugamela, al sur de Armenia y al Norte de la ciudad Persa de Babilonia.

Allí peleamos contra Darío mismo, otra vez, quien volvió a escapar con ayuda de mercenarios griegos y su famosa caballería de Bactria, en Afghanistan.

Fue muy fácil, contra todo lo esperado, ocupar Babilonia. Creí que encontraría más resistencia en Babilonia que en Tyro. Pero fue al revés.

Mazeo se rindió antes de pelear, por lo que le dimos el premio de gobernar Babilonia y acuñar moneda. Seleuco Nikator, nuestro preskoteo semidios, quedó al mando del Ejército de Babilonia.

A los sacerdotes les dejamos sus dioses extraños y su palabrerío que nadie entiende. No son un peligro para el gran Alejandro.

Seguimos hasta Susa, nombrada por Darío Capital de Persia, después de nuestra toma de Babilonia.

Darío espera que nos sentemos a gozar de nuestras conquistas. ¡No espera que sigamos constantemente hacia el Oriente !

Allí nos encontramos con otro tesoro abandonado por Darío. Cincuenta mil talentos de oro, no los comunes de plata.

Dejé en Susa a toda la familia de Darío, que era un bien con cara de malo, pero quedaron todas las mujeres contentas y cómodas.

En Persépolis quemé el Palacio de Jerjes. Fue la venganza de las múltiples invasiones persas a Grecia y Macedonia.

Allí me enteré que el Rey Besso de Bactria había depuesto a Darío. Además lo había apuñaleado y lo había dejado para que muriera desangrado.

Con todo respeto mandé buscar el cadáver de Darío para darle sepultura de Rey en las tumbas reales de Persépolis.

Esto me valió una ovación por los persas de Persépolis.

Allí me nombraron Faraón de Egipto, Rey de Grecia y Macedonia y Señor de Persia y Asia.

Apolo Febo Alexikakos

TRECE

Aristandro despertó en su mansión de Pella. Había quemado la carta de Alejandro, pero le preocupaba que firmara como un Dios.

También le preocupaba que no diera, alguna vez, fin a tanta campaña de dominio mundano.

Le preocupaba que estuviera surgiendo una tensión racista entre los generales, contra un Alejandro revolucionario y rebelde que deseaba una humanidad unida por la igualdad económica, religiosa y racial.

Crysa y Metila habían pasado a ser sus concubinas favoritas. Sus cuerpos habían tomado forma adulta con generosos senos y caderas. Las había hecho educar por maestros griegos.

Con ellas dos tenía largas conversaciones sobre la vida y la muerte.

Las otras tres concubinas habían rechazado toda educación y eran más groseras en sus modales y más gordas en su anatomía.

Naturalmente esas tres tomaron las tareas de la casa, como cocinar y limpiar, mientras que Crysa y Metila se abocaban completamente a Aristandro.

Ellas lo despertaron en esa radiante mañana veraniega. Ambas lo invitaron al sexo con su desnudez completa. Pero él, todavía satisfecho con los sudores sexuales de la noche anterior, les dijo que sirvieran el desayuno.

Hoy se reunía el Senado de Pella, Capital del Mundo conocido, con Antipater Hegemon al frente.

Crysa y Metila lavaron, cada una, una mitad del cuerpo desnudo de Aristandro.

Muy preocupado, Aristandro les pidió silencio.

¿Cómo podría despertar a Alejandro de su ambición suicida de dominio?

¿Cómo presentar el tema sin parecer un traidor en ciernes?

No podía.

Aristandro tenía mucho respeto que perder. No tenía necesidad personal de crear un caos en el Senado de Pella.

Era su amistad con Alejandro, que lo perturbaba.

Sabía, por los astros del horóscopo de Alejandro, que éste jamás retornaría a Pella ni a Macedonia. Pero podría descansar, como el hombre más poderoso del mundo, en Persépolis, en Babilonia, o aún más cerca, en Egipto.

Llegó al Senado, vestido de gala y oliendo fragancias producidas en Atenas, todas ellas muy costosas.

En su inmenso y único anillo se leían las palabras que le copiara a Aristóteles: Hierofantes. El que manifiesta lo sagrado.

Y Aristandro parecía un dios, lujosamente vestido, oliendo bien y mostrando sin querer su cuerpo esbelto, musculoso, sano y fuerte, que se mantenía como en sus veinte años gracias a los ejercicios de la palestra cotidiana.

Legalmente seguía siendo soltero. No había princesa en Macedonia, Tracia, Grecia, Illiria, Albana, Epirus, Creta y Agriania, que no suspirara por casarse con Aristandro. Médico, astrólogo cuyo precio sobrepasaba el presupuesto de los nobles. Solamente un Rey podía pagar un confiable horóscopo, configurado de manera perfecta, por Aristandro de Naxos.

Como Senador principal, consejero de Antipater mismo, Aristandro gozaba de respeto y cariño.

Por Aristandro fue que se construyeron palestras populares en todo Grecia y Macedonia. Pero también bibliotecas y baños públicos.

Enseñaba medicina en la escuela de Esculapio y tenía más de cien alumnos de la élite social de todas las islas del Egeo, Grecia y Macedonia.

En el Senado habló Antipater Hegemon:

"Amigos de Macedonia. Que Zeus y Apolo no los olviden.

Tengo una triste noticia que daros hoy.

Alejandro el Magno de Pella, Rey de Macedonia y Grecia, Faraón de Egipto y Señor de Persia y Asia ha fallecido y nuestro amigo Ptolomeo de Macedonia, Regente de Egipto, lo ha recibido en Alejandría de Egipto, en un ataúd de oro, especialmente diseñado para el Faraón".

Aristandro sintió que su corazón se detenía.

Pero sus lágrimas fluían libremente.

CATORCE

Pasaron todavía varios meses hasta que el segundo y último mensaje escrito de Alejandro llegara a Aristandro.

La noticia de su muerte había corrido velozmente en pocas semanas.

Su segundo mensaje, desde el fin del mundo conocido tardaría varios meses, para preservar su naturaleza de "secreto".

Decía así:

¡Salud Aristandro!

Que Zeus y Apolo no te olviden.

Como te prometí, te envío otro mensaje, para que quede en la historia que escribas del Mundo.

He convencido a los Generales Hetairos para que me divinicen como Apolo Febo Alexikakos.

¡Al fin!

Tuve que asegurarles que si volvía a Grecia y Macedonia, ese título no me daría nuevos derechos civiles, diferentes a los de todos. Lo hice de buena gana. Tenían que aceptar mi divinidad antes de mi muerte.

Nunca ha habido un Rey con tantos Reinos.

Y aún me faltan muchos reinos por conquistar en India y en China.

Mis conquistas, desde Persépolis, han sido rápidas y fáciles. Ya se sabe que perdono la vida a los Sátrapas persas que se rinden sin pelear y aun los dejo continuar reinando. (Bajo Apolo).

En mi camino a Bactria (Afghanistan) fundé dos ciudades: Alejandría Arion y Alejandría en Arakosia.

Sobre el Río Indo fundé la ciudad de Bucéfala (y no te rías). Me doy todos los lujos. Hasta una ciudad con el nombre de mi mejor caballo.

Los mercenarios griegos de Darío aceptaron mi autoridad después de rendirse sin pelear, para salvar sus vidas.

Ahora una noticia fea:

Parmenio puso como jefe de los Compañeros Hetairios de Caballería, a su hijo Filotas. Antíoco detectó palabras sediciosas en Filotas.

Filotas decía que "Alejandro ya no cree en la raza griega superior, como lo hacía el maestro Aristóteles. Se casa con mujeres inferiores, persas y egipcias, y dice que la humanidad es una, todos los humanos con la sangre roja y las lágrimas saladas".

Tuve que hacerlo matar, Aristandro.

Luego envié un mensaje a Cleandro, segundo de Parmenio, con la orden de matar a Parmenio, cosa que el fiel Cleandro hizo.

Aristandro no pudo seguir leyendo. Comenzó a llorar como un niño, al pensar en tantas desgracias, para gente tan bella como Parmenio. Alejandro se estaba poniendo contra los Generales. Eso le hace pensar a Aristandro, que Alejandro podía haber sido la víctima de una gran conspiración asesina contra su persona.

Continuaba Alejandro en su misiva:

Esto fue muy difícil para mí, ¡pero cómo confiar en Parmenio un minuto más, después que yo hiciera

matar a su querido hijo Filotas, quien era la energía del corazón de Parmenio!

No has contestado mi primer mensaje. ¡Pero debes contestarme éste para poder calmar mi propia conciencia!

Se necesitaron dos grandes hombres para tomar el lugar de Parmenio. Ellos son Cleitus y su sobrino Heifasto (mi hermano de leche). Sé como decir Gracias.

Falta decir que la sedición iniciada por Filotas, se mostró, quizá, en el asesinato de Heifasto, muy lejos de aquí. Fue en Ecbatana.

Aristandro volvió a llorar. ¡Cuántas desgracias trajo la pérdida de juicio de Alejandro!

Tomar Bactria Afghanistana me fue mucho más fácil de lo que creía.

Allí se había parapetado el Rey Besso, quien había depuesto a Darío.

Besso escapó antes de que tomáramos la ciudad de Bactria.

Lo persiguió el gran Cleitus hasta que lo hizo prisionero. La persecución duró dos semanas.

En esas dos semanas nombré a Spitámenes como Gobernador de Bactria. Spitámenes quedó con la misión de condenar al prisionero Besso.

¡Nunca creí que Spitámenes, para congraciarse conmigo, el Gran Alejandro Divinizado, El rey de Macedonia y Grecia, el Faraón de Egipto y Señor de Persia y Asia...le hiciera arrancar a Besso las orejas y la nariz!

¡Estos persas son muy brutales!

Y eso, antes de mandarlo a Ecbátana, que está a seis Grecias de distancia desde Bactria (una semana de caballos rápidos).

Fue en Ecbátana recién, cuando Besso fue condenado a muerte sumaria y por fin ejecutado.

A las puertas de China fundé la más lejana ciudad de Alejandría: Alejandría Eskata.

Esta Alejandría está mucho más al Oriente que Samarkanda, la lejana ciudad.

En Tajikistán, vencí al Gran Rey Oxiartes y me casé con su bellísima hija Roxana, para reconciliarme con el Rey.

Pero para que nadie pierda el temor por mí, mandé matar a todo el ejército de Oxiartes. No temas, no fueron más de quinientos.

Me vestí con ropas del Rey Darío en la boda con Roxana, y Cleitus se burló de mí públicamente.

Aristandro, te digo que si no hubiera estado pasado de vino y alegría no hubiera matado a Cleitus.

Tú sabes cómo yo lo quería. Me trataba igual que a su sobrino Heifasto. Tuve que nombrarlo traidor, después de muerto, para no tener que enfrentar a los Hetairios de Caballería. El mismo Heifasto no me hubiera perdonado la muerte de su tío.

Calístenes, el historiador y sobrino de Aristóteles se rehusó a encubrir mi asesinato de Cleitus. Lo hice matar, para no perder el respeto de mis hombres. Son todos tan racistas y esclavistas como Aristóteles.

No sé qué hubiera hecho sin tu tutoría, querido amigo Aristandro. Gracias a ella me liberé de la influencia intelectual o ideológica de Aristóteles.

Tú me enseñaste que todos los seres humanos somos uno, y que no debemos ser esclavos de los hombres, sino sólo de Zeus (Deus) - Dios.-

No olvido tus enseñanzas, pero mis generales son Aristotélicos, me guardan rencor por no ser racista y esclavista y por tratar a persas e hindúes como iguales.

No me perdonan que me haya casado con Roxana, a pesar de que ésta es extremadamente bella. Me dicen que podía haber sido solamente mi esclava.

Después de estas malas noticias, no te aburriré con los detalles de la Conquista del Norte de la India.

¡Esta duró dos años!

Hubiera querido que hubieras visto mi triunfo sobre el Rey Porus de la India, quien me atacó con quinientos elefantes.

Sólo te diré que a mi regreso a las ciudades que dejo, veo cómo los sátrapas y gobernadores han abusado de su poder durante mi ausencia. Por eso he debido eliminar a algunos.

Uno de ellos, de quien ya habrás oído hablar, fue Harpalus, mi ex-tesorero, quien se fugó a Grecia y luego a Creta, donde lo hice asesinar por haber huido con seis mil mercenarios y cinco mil talentos.

De nuevo en Susa, volví a ver cómo se molestan mis soldados cuando les pido que se casen con mujeres

nativas. Algunos rehúsan hasta el subsidio y la dote que les doy por eso.

Me asombra cómo los seres humanos gozamos con ser "diferentes" y "superiores" a otros humanos, en vez de ver que todos los seres humanos somos uno.

Cuando todos veamos eso, no habrá más guerras ni pobreza, ni la majestuosa miseria espiritual y moral que aqueja a todos los reinos y a todos los nacidos.

No sé si te dije que antes de morir Heifasto, en Ecbátana,, se casó con Drypetis, mientras que yo lo hice con su hermana Barsine. Ambas, hijas del gran Darío de Persia, el del triste final.

Los generales Hetairos se creen tan superiores que no desean ver nativos de Persia e India entre sus filas.

Hemos entrenado a treinta mil soldados persas. Pero tendrías que ver cómo se oponen los Macedonios a mis órdenes de aceptarlos como a sus iguales.

Los Generales me piden que formemos batallones de nativos exclusivamente. Yo me opongo. Deben comprender que todos los seres humanos somos uno. Creo que temen ganar un sueldo menor, luego de la integración total.

No sé, no lo comprendo.

He repatriado, como ya lo sabes, a 10 mil soldados de Macedonia. Los mando a casa con salarios atrasados y muchos regalos agregados al salario.

Eso ha disminuído el ambiente de motín en el que debo vivir, pero no mejora la comprensión sobre la unidad de la humanidad y el uso de un solo idioma entre todos los seres humanos sin excepciones.

Quisiera substituir al anciano Antípater Hegemon por un persa como Cráterus. Pero si lo hiciera me matarían los Generales Hetairos.

Me sorprendo cuando veo embajadores de Libia y Cartago (África) o de Etruria e Iberia (Europa). Hacen el tremendo viaje hasta Babilonia, nada más que para agasajarme.

Veó con satisfacción que soy dueño del mundo, desde Gibraltar hasta India. Me falta completar la Conquista de India del Sur y China, tareas que dejo para momentos más felices, una vez que crezca mi hijo Alejandro Cuarto, hijo de Roxana de Bactria. Y cuando se me pase el luto por Heifasto.

A pesar de la tribu de los rebeldes Esitos, algún día rodearemos el Mar Caspio y el Mar Negro. Rusia también será mía.

Mi imperio va llegando a los doce años de duración.

¡Y apenas tengo 35 años de edad !
Apolo Febo Alexikakos

QUINCE

Era una mañana de mucho sol en el verano de Macedonia. Ese día Aristandro estuvo menos tiempo en la Palestra. Hacía mucho calor.

A su regreso del Senado de Pella, Aristandro fue recibido en su propia mansión, por uno de sus esclavos varones.

Stómalos de Tracia funcionaba como Mayordomo de Aristandro.

Señor Aristandro, he ocultado en sus dormitorios a una bella joven que dice llamarse Roxana de Bactria y ser esposa del Gran Alejandro Tercero. Está con su hijo, llamado Alejandro Cuarto, que debe tener unos dos o tres años. El niño es muy bello, así que bien podría ser hijo de Alejandro Tercero.

Aristandro corrió hacia sus dormitorios, todos intercomunicados por puertas secretas. Lo seguía Stómalos, su fiel esclavo.

Al llegar frente a Roxana, Aristandro se detuvo con un escalofrío. Roxana era como una Olimpia de piel

obscura, pero esplendorosa. El niño jugaba en los jardines, con Crysa y Metila.

La belleza de Roxana era comentada en todo el mundo conocido. Pero tenerla al frente era una tarea de los dioses.

Los ojos negros e inmensos, los cabellos lacios cayendo sobre la espalda, la luz redondeando un largo cuello, los hombros amplios pero femeninos. La piel muy suave, los labios abultados, la nariz pequeña. Los inmensos ojos miraban por la ventana a su hijo que jugaba con las dos mujeres.

Alteza, soy Aristandro de Naxos, tu protector desde este momento.

Sé quién eres Aristandro. Alejandro Tercero me hablaba mucho de ti, y no había más que elogios a tus conocimientos, tu inteligencia, tu compasión, tu belleza, tu fortaleza en la lucha cuerpo a cuerpo. Cuando hablaba de ti no tenía final.

Alteza Roxana, está Usted en inmenso peligro. En estos tiempos, desde nuestra sombra puede saltar nuestro asesino.

Lo sé Aristandro, por eso vengo al único lugar donde Alejandro, mi esposo, hubiera ido.

Aristandro se alejó de Roxana, quien le hacía hervir la sangre con un fuerte deseo sexual que lo atontaba.

Le ordenó a Stómalos que llevara a Roxana y su hijo a la Corte de Epirus, para que ésta quedara bajo la protección de Olimpia, madre de Alejandro.

Antes de partir hacia Epirus, ella quiso despedirse.

Quiero agradecerte, Aristandro.

Bienvenido tu agradecimiento, pero me hace sentir bien poder hacer algo por mi gran amigo, tu esposo.

Quiero hacer más aún, que es ofrecerte que seas mi esposa. El hijo de Alejandro será mi propio hijo. Lo cuidaremos hasta que pueda tomar el lugar de su padre, como rey de Macedonia, Tracia y Grecia, Faraón de Egipto y Señor de Persia y Asia.

Roxana sonrió con tristeza.

Te aseguro Aristandro, que si los dioses me dan vida, seré tu esposa y esclava. Estás en una posición privilegiada para proteger el imperio de mi esposo, que es por ley el de mi hijo.

Se abrazaron hasta que Stómalos los llamó a la cordura.

Es la hora de partir a Epirus, Alteza.

Desde la azotea con jardines, Aristandro vio alejarse hacia el poniente la pequeña comitiva. Estaba cayendo el sol de un día caluroso. Pero Aristandro sentía escalofríos. Pensaba que la muerte rondaba cerca. Lamentó haberse olvidado de pedirle a Roxana los datos de su nacimiento, para poder indagar en los astros, el destino extraordinario de esa bella joven.

Se fue a su lecho muy temprano, después de cerrar todas las puertas de acceso con llave. Era tan grande su tristeza, que no deseaba hablar con nadie. Pero había una pequeña esperanza. Y era Roxana.

DIECISEIS

Stómalos no regresaba.

Aristandro estaba poseído por la angustia más profunda.

En el Senado debieron escuchar al mensajero de Casandro, hijo de Antípater:

Gran Senado de Pella:

Que Zeus y Apolo no los olviden.

Yo, Casandro Primero de Macedonia, hijo de Antipater Hegemon, tomo uno de los cuatro diádokos, o reinos helénicos de Alejandro Tercero. Tomo el reino de Grecia y Macedonia.

Seleuco Nikator de Macedonia toma el reino de Babilonia en Persia.

Ptolomeo Primero Soter de Macedonia toma el puesto de Faraón de Egipto, en nombre de Alejandro Tercero.

Lisímaco de Tracia toma el reino de Siria.

Antígono y su hijo Demetrio, están en fuga, después de haber sido declarados traidores y se pagan cinco mil talentos de plata por sus cabezas.

A su regreso a la mansión Crysa y Metila lo esperaban desnudas.

¿No hay noticias de Stómalos?

Ambas contestaron que no. Aristandro comenzó a vivir aislado en su dormitorio.

Pasaron tres largas semanas. Aristandro preparaba un viaje que le podía costar la vida. Un viaje a Epirus.

Para su suerte, Stómalos regresó durante la noche. Hervía de fiebre, ya que soportaba dos heridas de espada, una en cada brazo, ambas infectadas por el polvo de largos caminos.

En voz baja dijo al oído de Aristandro, pegado a la boca de Stómalos. Casandro nos esperaba en Epirus. Tomó prisionera a Roxana, con su hijo. Los llevó a Anfípolis. Me aparté de la caravana de regreso y debí luchar por mi vida a brazo partido, como se dice apropiadamente.

Stómalos no dijo más nada, hasta su muerte, al día siguiente. Todo el arte de Aristandro fracasó en salvar la vida de este esclavo fiel.

Aristandro cambió sus planes. Debía ir a Anfípolis, con los doscientos hombres que Alejandro dejara para guardarlo y cuidarlo. Pero doscientos hombres no bastarían para liberar a Roxana.

A partir de la liberación de Roxana, Aristandro no tendría a donde ir. Como traidor, por ley, todas sus propiedades pasarían a Casandro Rey.

Hasta hacía pocos días, Aristandro compartía con Alejandro la sensación de ser Rey del Mundo, dueño del mundo.

Ahora tenía solamente a las estrellas fijas para protegerlo.

Entre las estrellas y Aristandro había solamente el inmenso vacío, donde existe la vida de los hombres.

Oh, Vacío de los Vacíos. Todo es el Vacío.

DIECISIETE

Pronto se hizo público que Roxana y Alejandro Cuarto habían sido asesinados en Anfípolis, por orden de Casandro.

Aristandro de Naxos corrió hasta Stagira, para preguntar por Aristóteles.

Llevaba consigo una cantimplora con vino solamente. Corrió hasta el Río Axios, que cruzó a nado. Siguió corriendo, deteniéndose por algunos minutos en el camino, para retomar el aliento.

Llegó a Stagira con varios kilos menos. Allí se actualizó en noticias.

Aristóteles había fundado su Liceo en Atenas, para competir con la Academia de Platón.

En carruaje de lujo llegó Aristandro a Atenas.

Debía hablar con Aristóteles, contarle de su desesperación, de su melancolía.

En Atenas supo aún de otra muerte desoladora. La de Aristóteles. Teofrasto de Ereso había tomado el Liceo a la muerte del gran Maestro y filósofo.

¿Los dioses lo ponían a prueba?

¿Qué querían decirle?

¿Que estaba ya solo en el mundo entero?

¿Que su familia era sus cinco concubinas?

¿Que los amigos de la infancia habían traicionado al gran Alejandro y que su propia vida estaba ahora en peligro?

¿Que el mundo entero estaba en manos de los enemigos de Alejandro, su gran amigo?

Al llegar al Liceo, un jardín de muchas hectáreas, de inmensa belleza, se puso en contacto con Teofrasto .

Hace ya un año que falleció Aristóteles, a la edad de 62 años.

Teofrasto, tú me conociste en aquellos momentos de gloria de Filippo.

No puedo olvidar aquellos momentos y aquellos jóvenes tan especiales, Aristandro.

Aristandro puso al día a Teofrasto. Le contó de todas las muertes recientes y cómo el destino se burla hasta de los hombres más poderosos.

Quiero dedicarme a salvar mi alma, Teofrasto. No quiero mezclarme con los horrores de los poderosos.

Hemos llegado a conclusiones diferentes, con respecto al alma, Aristandro. Ya no creemos que el alma sea de una naturaleza diferente al cuerpo, como lo creía Platón y su Academia.

Con Aristóteles vimos que el alma es el espacio y la forma que el cuerpo ocupa. No hay separación alguna entre soma y psique, entre cuerpo y alma. El alma es la forma del cuerpo, llena de sangre, carne y huesos. No es el cuerpo la celda del alma, sino lo que llena el alma.

Dialogaron durante varios días, en los bellos huertos y jardines del Liceo, fundado por Aristóteles doce años atrás. Doce años antes de su muerte.

Aristandro pasó un año entero en el Liceo, ahora bajo Teofrasto. Participaba en las clases del Maestro Teofrasto, pero con el espíritu muy lejos del cuerpo, como ausente siempre, lleno de tristeza profunda. Quería comprender lo incomprensible del destino.

Su fortuna cuantiosa, le permitió residir en el Liceo de Teofrasto, sin abandonar sus propiedades y sus concubinas, administradas con mensajes desde Atenas.

Sabía que debía abandonar el Liceo, pero ya no sabía a donde ir. Las metas, los objetivos y el destino de los viajes ya no le importaban tanto como el viaje mismo. Un viaje triste e infinito.

La paz le llegó un día mientras escuchaba todos los sonidos de la campiña al mismo tiempo, durante el anochecer.

Grillos, cigarras y pájaros trinando para despedir al sol configuraban un solo sonido.

Con la mente sin palabras, en completo silencio, escuchó así hasta bien entrada la noche.

La paz está en la mente silenciosa que escucha, se dijo.

Y escuchando en paz, se durmió, acunado por el silencio.

DIECIOCHO

Aristandro confeccionó un plan para regresar a pie a Pella.

En el primer día, corriendo y a paso vivo llegaría hasta Tebas.

En el segundo día llegaría al Monte Parnaso y el Templo de Delfos.

Desde allí en tres días, cruzando las Montañas Pindus llegaría al Monte Olimpo, a las puertas de Macedonia.

Quizá debiera caminar de noche para alcanzar sus metas, y lo haría sin lugar a dudas.

Desde allí en otro día alcanzaría Pella, después de cruzar el Río Haliacmon a nado.

Con este nuevo sobreesfuerzo físico, calculaba que se produciría la aceleración metabólica que lo liberaría de su terrible melancolía.

Pero al llegar a Tebas, pudo ver el descontento de los pobladores, que todavía contaban, con amargura,

cómo Alejandro, mucho antes de partir a Persia, había destruido la ciudad hasta no dejar piedra sobre piedra.

De esta manera se vengaba Alejandro de la feroz resistencia que había ofrecido Tebas.

Aristandro no quiso detenerse en ese triste lugar y prosiguió su camino hasta el templo de Delfos.

Mientras subía hacia el templo, quedó extasiado con la inmensidad del paisaje y el brillo de las hojas de los árboles al sol.

La brisa violenta traía aromas de la zona y parecía brillar al sol como todo lo visible, desde esta altura.

Entonces pudo ver con claridad la gran dimensión de su tristeza. Todos sus amigos habían desaparecido por la muerte, la distancia, la ambición desmedida, o la devoción por el conocimiento filosófico.

Aquí mismo en el templo, las sacerdotisas de Delfos, eran de la más elevada alcurnia, y los mejores asientos en el teatro dependían de la posición social y de los bienes que uno poseía.

¿Cuándo sería libre la humanidad de las divisiones por ella creadas?

¿Cuándo se liberaría de los sacerdotes y de las sacerdotisas?

¿Y éstos y éstas, cómo se liberarían de su certidumbre endurecida y condicionada por la posición y el status?

¿Y cuándo se liberarían de Apolo, el dios de oro, así como de las historias infinitas sobre Apolo?

Alejandro se había vuelto Apolo en su viaje cruel fuera de la realidad. Lo sagrado se había transformado en otro producto del pensamiento de los adinerados. Y se sentían protegidos con las ideas de lo sagrado, siempre y cuando hubiera soldados a su servicio.

En el camino al templo emergían los mendigos, exhaustos y desnutridos.

Los creyentes constituían una pequeña multitud. Querían ver a Apolo basados en sus creencias y dogmas o en sus experiencias anteriores.

Durante la ceremonia, Aristandro comprendió que esa era otra burda manera de escapar de la realidad de las guerras, la pobreza, la miseria y el trabajo agotador.

Pero había mucha comodidad en este orden de la ceremonia, en esta belleza, creada por el pensamiento humano.

Aristandro comprendió que la belleza de la creación no estaba en la ceremonia, sino en las hojas, los sembrados, las montañas y la brisa brillantes.

La ceremonia, adormecía por igual a las sacerdotisas y a los fieles.

Aristandro comenzó a correr hacia el Monte Olimpo, muy al Norte, casi en Macedonia.

Entonces vio a su amigo Alejandro. Vestía su toga de piel de cabra labrada. No había palabras. En el destello del silencio del mediodía se miraron, sin palabras.

Aristandro sintió el terror del contacto con la muerte y lo desconocido. Todos sus pelos se pararon.

Y Alejandro desapareció.

DIECINUEVE

Aristandro de Naxos siguió su marcha a pie, todavía erizado de terror por su visión de Alejandro.

Agotado físicamente, comiendo mal y a destiempo, tardó once días en llegar al monte Olimpo, en la frontera con Macedonia.

Caía el sol, como signo de detenerse y revisar el día.

Se recostó sobre una gran piedra y escuchó los grillos de la campiña, llenando todo el espacio hasta las estrellas, que comenzaban a aparecer lentamente.

Se agolpaban los pensamientos y las preguntas en su mente.

Pero decidió escuchar los sonidos del anochecer, que incluía a los pájaros que despedían al sol.

La paz llegaba cuando cesaban los pensamientos y las preguntas.

La paz llegaba cuando la mente silenciosamente escuchaba todo lo que se podía escuchar.

Mañana o pasado llegaría a Pella.

Pero podían pasar más días. Nadie lo apuraba.

El tiempo pertenecía al sol y a las estrellas o la luna.

El tiempo no era de su incumbencia.

Se adormecía con el sonido de los grillos.

Recordó la oración nocturna, pero no se molestó en repetirla.

Dios habita en el silencio.

VEINTE

Despertó con la salida del sol.

Se sentía repuesto del cansancio y con gran apetito.

Caminó hasta la ciudad de Dion, donde comió su desayuno en una posada. Lentejas, huevos duros, pan caliente, queso de cabra y vino abundante.

La muchacha que lo atendía en una mesa inmensa de cedro, le sonrió. Aristandro jugó también el peligroso juego del amor y del sexo.

¿Por qué me sonríes?

Para que me raptés y me saques de mi miseria cotidiana. Eres rico y joven. Yo soy muy pobre y con gusto sería tu esclava.

Dime con quién debo hablar para comprarte.

Con mi padre, el cocinero que preparó tu desayuno.

Llámalo. Dile que quiero hablar con él.

La muchacha corrió gritando Papá, Papá.

El padre llegó sudando profusamente por su constante proximidad al fuego.

¿Quiere su señoría hablar conmigo?

No, sólo quiero comprar a tu hija.

Mi hija Artemisa te ha servido hoy. Tiene 16 años y me dijo que quiere servirte para siempre.

¿Cuántos talentos quieres por ella?

Cincuenta quiero.

Te daré cien.

La niña gritó de alegría y el hombre murmuró: "eso es lo que vale toda mi posada"...

Aristandro dijo: no quiero tu posada, quiero a Artemisa.

Desde Dion a Pella el viaje se hizo en carruaje, ya que Aristandro no quería someter a Artemisa a sacrificios innecesarios.

Ella dejó de ser virgen en ese mismo carruaje.

Eres regordeta como a mí me gusta, dijo Aristandro.

Seré como tú quieras, porque ya eres mi amo.

Aristandro se excitó, con la novedad gloriosa de Artemisa y con sus palabras de sumisión amorosa.

Llegaron a Pella a mediodía.

Aristandro entró a su mansión, que lucía un poco abandonada, y lo ovacionaron sus doscientos esclavos y sus cinco concubinas.

Estas se acercaron para besarlo y llenarlo de caricias.

Artemisa estaba silenciosa y muy impresionada.

Esta es Artemisa, y quiero que la tratéis como a vuestra Señora.

Crysa y Metila quedaron paralizadas, hasta que Aristandro las movilizó con fuertes nalgadas.

Besaron y acariciaron también a Artemisa, un poco de mala gana.

Aristandro gritó a todo pulmón. ¡Quiero que esta casa luzca limpia y brillante, pandilla de haraganes!

Inmediatamente comenzó el ajetreo cotidiano.

Todo volvía a la normalidad.

Aristandro se fue a los jardines con Artemisa, con una inmensa copa de oro llena de vino. Ambos bebían de la misma copa.

Murmuró él: Que el río del destino me arrastre hacia el mar.

No escuché, amo. Dijo Artemisa.

Dije que eres muy hermosa, bella Artemisa.

VEINTIUNO

Fotócrates era un buen administrador. Honesto y leal. Había servido a Filipo antes de la muerte de éste.

Dijo Fotócrates: Tu fortuna de hoy asciende a 55 mil talentos.

Aristandro no lo puso en duda, si lo decía Fotócrates.

La mansión que deseas comprar en Anfípolis cuesta unos 400 talentos. Te pedirán 500, pero tú ofreces solamente 400.

Aristandro dijo: Pero Fotócrates, si tengo 55 mil talentos ¿por qué preocuparme por cien?

Porque tienes que mantener tu fortuna y no perderla en parte o del todo.

No me llevaré nada al otro lado después de mi muerte.

Aristandro quería mudarse a Anfípolis, junto al Monte Pangeo, ya que esa era una ciudad de adinerados.

Quería enseñar Medicina, Astrología, Lucha, Atletismo y Artes Marciales Mayores a un grupo de jóvenes para que no se perdieran sus conocimientos y descubrimientos.

Debía obtener un permiso para su Universidad, para lo cual había que entrevistarse con Teócrates de Thasos, Rey de Anfípolis, sometido a Casandro, Rey de Macedonia, hijo de Antipater Hegemon.

Aristandro de Naxos está presente, gritó el esclavo de Teócrates de Thasos.

Que pase -dijo Teócrates-

Soy Aristandro de Naxos, noble Teócrates. Quiero su permiso para abrir mi Universidad en Anfípolis.

Ya dejemos las ceremonias, Aristandro. Me alegra mucho que hayas elegido a Anfípolis, ya que tengo once hijos, de los cuales siete son hembras. Quiero que todos ellos sean tus alumnos. Mi hija mayor, Zeusa tiene 23 años, y no acepta casarse "hasta que llegue el hombre de verdad."

No vengo buscando esposa, Teócrates. Tengo seis concubinas y en mi cama ya no caben todas ellas.

Teócrates rió. Aristandro le caía muy bien.

Compra más camas Aristandro. Ya necesitas una esposa. La juventud no es para siempre.

¿Cuento con su permiso para mi Universidad?.

Claro que sí, Aristandro, y ya tienes once alumnos.

VEINTIDOS

Había un ambiente de gran excitación en la mansión de Aristandro de Naxos en la ciudad de Pella.

No era una mudanza. La mansión de Pella quedaría con cincuenta esclavos. Aristandro llevaría ciento cincuenta esclavos a Anfípolis. Los doscientos soldados de Alejandro vendrían con él.

En medio de toda la excitación Aristandro sintió su soledad.

Sin palabras, percibía su propia soledad como la realidad fundamental de su vida actual, en medio de los ruidos de los atareados esclavos.

Aristandro no se sentía un ente separado de esa agonía de aislamiento que era su vida.

La palabra soledad lo aislaba de su soledad.

Ver todo su ser sin palabras, era el final de esa soledad.

En el silencio de la observación, parecía que Aristandro y la soledad fueran solamente palabras cargadas de un significado inexistente.

Cuando cesa la búsqueda de experiencias, la experiencia de la soledad desaparece y queda solamente la soledad como un recuerdo lejano.

La mente silenciosa que escucha ya no necesita experiencias. El observador es la realidad misma que se observa, entonces cesa la necesidad de buscar; buscar a Dios, ritos, ceremonias, libros sagrados.

Al cesar las palabras en la misma mente comienza la vida verdadera. En la vida verdadera las palabras se pueden usar, pero ya no rigen la existencia.

Crysa y Metila se le acercaron.

Señor nuestro, queremos despedir la casa con Usted. Estaremos desnudas en el dormitorio.

Anoche he despedido la casa con Artemisa.

¿Te olvidarás de nosotras?

No, no puedo olvidar las horribles consecuencias de mis actos. Están siempre presentes, como vosotras dos.

Aristandro tenía 46 años, pero no se sentía diferente a cuando tenía 20.

Siempre había cuidado su cuerpo, y ahora éste lucía fuerte, sano y juvenil.

Pero ahora estaba la vida verdadera, que había nacido con la mente silenciosa que escucha todo sonido al mismo tiempo.

Ahora quedaba la pregunta de dónde estaba Alejandro. ¿Muerto o vivo de una extraña manera en el más allá?

El pasado y el futuro no tienen lugar en la mente silenciosa.

La vida y la muerte parecen estar más cerca una de la otra.

Llamó a Artemisa.

Dijo Aristandro: quiero que vosotras tres, Artemisa, Crysa y Metila se hagan amigas. No quiero verlas hasta que eso se haga realidad. ¡Desapareced las tres de mi vista!

VEINTITRES

La caravana de esclavos y concubinas había ya partido hacia Anfípolis.

Aristandro estaba a solas en la casa que pronto dejaría.

De pronto, vio a su cuerpo desde arriba. Su cuerpo le inspiraba cierta aversión o sutil repugnancia desde allá arriba.

Se sentía en gran paz. Su cuerpo a unos tres metros allí debajo.

Lo que mira no es el cuerpo, ni los ojos. Hay algo que también mira y que es parte de uno mismo, uno mismo indivisible.

Algo sabía que su cuerpo moriría si esto que ejercía la acción de mirar, no se zambullía en el cuerpo.

Movido por esa comprensión urgente se zambulló en su propio cuerpo. Pero se hallaba incómodo en el cuerpo.

Sentía que "la mano" de esto no había entrado en el "guante" del cuerpo. Dos dedos habían entrado en un mismo dedo del guante.

Volvió a ver a su cuerpo desde arriba.

Volvió a zambullirse en el cuerpo.

Ahora todo estaba en su lugar.

Mientras viajaba a Anfípolis, en uno de sus carruajes de lujo, trató de pensar en todo esto.

El cuerpo desdoblado, la aparición súbita e inesperada de Alejandro Tercero...

Le hubiera gustado entender, pero no podía.

Abrió de nuevo la puerta estrecha que conducía al éxtasis.

Comenzó nuevamente a escuchar todo sonido perceptible con la mente en silencio, sin palabra ni pensamiento algunos.

En esa paz inefable llegó a Anfípolis, a la mañana siguiente. Parecía que el tiempo no existiera y que el viaje hubiera ocurrido en un minuto.

¿Acaso la vida verdadera era vivir fuera del tiempo?

VEINTICUATRO

Teócrates de Thasos no podía mantener la quietud.

Se paseaba por los jardines de la inmensa finca, salía a cazar, pero sin ganas ni puntería.

No probaba bocado y de vez en cuando comía algunos dátiles del norte de África con una copa de vino.

Su familia había pertenecido a la nobleza desde tiempos inmemoriales. Su amistad con Filipo Segundo y Alejandro Tercero había sido profunda. Su fortuna de más de cuatrocientos mil talentos, había sido compartida con Filipo para crear el mítico ejército que por fin vengaría a Grecia, Macedonia y Tracia de la crueldad Persa.

Uno de sus cuatro hijos se llamaba Casandro, cosa que había hecho en honor de Antipater Hegemon, regente en Macedonia por Filipo mismo. Los niños nacieron en fechas cercanas y ambos recibieron el mismo nombre.

Pero Casandro, el actual Rey de Macedonia, no gozaba del aprecio de Teócrates de Thasos.

Casandro había asesinado a la esposa y al hijo heredero de Alejandro Tercero. La familia de Teócrates estaba segura, como lo está una familia de rancia nobleza, de abundante fortuna y de propiedades en la isla de Thasos, que abarcaban toda la riqueza de la isla. El mármol de Thasos era de Teócrates, como toda la madera de sus bosques, como todo el oro y la plata. La pequeña marina de la isla era de Teócrates. La parte occidental del Monte Pangeo, sus bosques, su oro y su plata eran de Teócrates.

El disciplinado ejército de Anfípolis era fiel a Teócrates, y había sido entrenado por Aristandro y Filipo.

En los ensueños de Afrodita, al terminar el día, Teócrates soñaba con retomar el poder de Pella, en nombre de Alejandro Tercero.

Pero Teócrates contaba con un poderoso servicio de inteligencia y espionaje, que le informaba que había un pacto de mutuo apoyo en el poder por parte de Casandro en Pella, Lisímaco en Tracia, Ptolomeo en Egipto y Seleuco en Babilonia.

Antígono y Demetrio, eran perseguidos como traidores. Pero todos ellos habían sido alguna vez amigos.

¿Acaso Aristandro, tutor y maestro de Alejandro el Magno, no podría restablecer el Imperio Alejandrino, con su ayuda y la de Antígono y Demetrio?

Tengo que comenzar por lo simple, se dijo Teócrates. Debo casar a una de mis hijas con Aristandro.

Se reunió con ellas en la frescura de la tarde temprana, bajo las viñas.

Debo hablaros de algo muy importante, dijo Teócrates.

Una de vosotras será la esposa de Aristandro de Naxos. No hay doncella en Macedonia y Grecia que no ame a Aristandro en secreto.

Es lo que nos queda de Alejandro el Magno. Es un hombre sabio en conocimiento, de gran fortaleza y salud física, de inmensa maestría en el uso de las armas y experto en el camino del destino que trazan las estrellas para los hombres, los reinos y las mujeres.

Es un hombre de gran fortuna, fue senador en Pella, es amigo del rey Casandro y de los otros tres Reyes de los Diádokos Helénicos. Es hijastro de Olimpia de Epirus y conoce los misterios de Apolo.

Quiero que os dediquéis como esclavas a este hombre excepcional. Derramad todo vuestro amor sobre él. Cuando una de vosotras lo despose, lo nombraré virrey de Amfípolis.

El reinará en mi nombre a mi muerte en esta ciudad admirada y su esposa será la reina.

Zeusa pidió la palabra. Padre -dijo- no veo que sea digno que las siete hermanas compitan por este respetable varón.

Debes nombrar a la candidata.

Mira Zeusa, eso es lo que se hace en condiciones normales, con varones comunes. Pero éste varón es un elegido de Apolo y Zeus, y no aceptaba órdenes ni de Alejandro. No, su corazón deberá ser robado en la noche y arrobado en el día.

Debéis embriagarlo con el aroma y la suavidad de vuestra piel, detenerlo con la profundidad de vuestra mirada, excitarlo con los senos nacientes y los pezones erectos, admirarlo con vuestros más seductores vestidos de seda blanca (color que prefiere), lavarle los pies cuando llegue a la casa, limpiarle los labios con la lengua cuando beba vino y secárselos con el ruedo de vuestras faldas, para mostrarle vuestras piernas de atletas. Tratadlo como

vuestro dueño y señor, como lo hacen vuestras madres conmigo.

Artesia, la más joven dijo: yo no sabré qué decirle.

Teócrates respondió: Mejor así, podrás usar tu lengua para lamerle las piernas.

VEINTICINCO

Aristandro ya había tomado posesión de su nueva residencia en Amfípolis.

Pasaba largas horas en los jardines o remando en un lago interno, en completo silencio.

Artemisa lo esperaba en la orilla: Siempre estás callado, pero me dicen Crysa y Metila que en el pasado estabas siempre contento, siempre haciendo bromas. Dicen que eras muy activo sexualmente y que las requerías a menudo para la cama. Nada de eso ocurre ya.

Aristandro miró largamente a la bella adolescente. Parecía buscar algo en los ojos de la muchacha.

¡Ah! muchacha... es que mi vida ha cambiado mucho en poco tiempo. He descubierto la paz augusta del silencio, después de perder a todos mis amigos. El fantasma de un amigo muy querido se apareció súbitamente, pero mi terror hizo que no hubiera diálogo y que él desapareciera nuevamente. Me están pasando cosas muy extrañas, que no te aburriré contando.

Artemisa lo interrumpió: Nada de lo que dices me aburre. Eres mi Señor y me preocupo por ti.

Creo que en el silencio puedo vivir el resto de mi vida, Artemisa. Creo que puedo vivir sin volver a realizar el coito.

Pero, Señor mío, yo necesito de tu pasión por mí.

Artemisa, bella mujer; intenta no expresar tu deseo sexual, sin ponerle freno.

¡Pero es que una cosa no va con la otra!

Inténtalo muchacha, nadie nos dice que es posible vivir así.

Las mujeres se pasan la vida soñando con tener hijos y luego padecen la sufrida esclavitud de ser madres. Son madres y no conocen nada del mundo y de la vida que vivirán sus hijos. Esos hijos serán esclavos o soldados y su mundo tendrá estrechos horizontes.

Es que , Aristandro, yo no quiero conocer nada más de este mundo. Este es el mundo de las guerras y la pobreza. El alivio es el encuentro íntimo entre el hombre y la mujer.

Sí Artemisa, pero también existe el alivio de la mente que vive su soledad en el silencio pacífico que escucha todo.

Hablas de manera extraña, mi señor, no sé si quiero vivir así.

Bueno, mujer, entonces déjame en paz, porque en esa paz quiero vivir yo.

Y Aristandro se fue a caminar solo por la costa del río Strymon. Lo hacía diariamente.

Por ahora viviría en la paz. Alguna vez abriría su universidad.

Su mudanza a Amfípolis fue la manera de abandonar las largas y tediosas sesiones del Senado de Pella.

El río Strymon lo separaba simbólica y realmente de todo lo que la ciudad de Pella significaba para Aristandro.

VEINTISEIS

Las hijas de Teócrates se juntaron en el dormitorio de Zeusa.

Esta era la mayor y tenía 23 años. Todas tenían el cabello negro brillante y los ojos verdes. Sin embargo había una radical singularidad en cada una de ellas.

Dijo Zeusa, solemnemente para dar iniciada la sesión, que ocurría cada noche con menos artificio.

Ya veis con cuánta diligencia nuestro padre honra como anfitrión a Aristandro de Naxos. Sus ambiciones políticas han retornado y nosotras somos el cebo para atraer al llamado "sucesor" de nuestro padre. Esto podrá traer tribulación, pero no felicidad a nuestra casa.

Sidonia, de 21 años replicó: Parece que Zeusa olvidara que Teócrates es Rey de Amfípolis, además de ser nuestro padre, a quien debemos ciega obediencia. Aristandro es el hombre más deseable sobre quien se hayan posado mis ojos. No hay mal alguno en esforzarnos para que sea esposo de una de nosotras, antes que se lo lleve alguna extranjera.

Strimonia y Afrodita, de 17 y 16 años cada una, rieron al unísono y respondieron que Aristandro debería quedar prisionero en la casa de Teócrates.

Agrinia y Olimpia rara vez hablaban y esta vez no era una excepción. Tenían 19 y 18 años cada una.

Artesia, la menor de todas, se moría por hablar, pero temía las burlas de sus hermanas. Su padre ya había dictaminado que su lengua era buena solamente para lamer las piernas de Aristandro.

Finalmente, incapaz de contenerse por lo emocional del tema, dijo: Haré lo que sea necesario para retener a Aristandro.

Sus hermanas rieron. Zeusa dijo: no sabes lo que significa lo que dices.

Sí lo sé, Zeusa. El Dios Zeus me ha dado este cuerpo y lo usaré por completo para seducir a ese bello Señor.

Con un aire de excesiva dignidad se retiró Artesia a su habitación. Sus esclavas la esperaban a las puertas del dormitorio de Zeusa.

Las demás quedaron con Zeusa, pero algo hacía que no se atrevieran a seguir hablando.

Habían sido puestas en competencia de una contra las otras para seducir a Aristandro. Eran concientes que se esperaba obediencia total de una hija a su padre, fuera o no Rey de Amfípolis.

Sus cuerpos vírgenes sabían vibrar al ver un hombre completo y atractivo como Aristandro. Todas callaron para escuchar ese lenguaje silencioso de sus vientres y sus ingles.

Strimonia se retiró acariciando sus propios senos.

Pronto Zeusa quedó sola en su lujosa recámara. Había dicho infinidad de veces que sólo se casaría con un hombre íntegro y bello.

Le molestaba admitirlo, pero reconocía que ese hombre ya había llegado a Amfípolis.

Detestaba la idea de competir con sus hermanas más jóvenes para seducir al único hombre de quien ella podía llegar a ser esclava.

Se odiaba a sí misma, porque su cuerpo entero le recordaba que era una mujer.

Odiaba al mundo entero, porque sabía que no podía ser mujer más que de Aristandro de Naxos.

VEINTISIETE

Aristandro descansaba después de una larga caminata junto al río Strymon.

Un esclavo vestido de gala se le aproximó y gritó:

Permiso para dirigirle la palabra, solicito Noble Señor Aristandro de Naxos.

Habla, pero que sea poco -contestó Aristandro-.

El esclavo le dio un mensaje escrito y se fue rápidamente, mientras el sol del atardecer hacía brillar su chaleco de bronce lustrado.

Aristandro leyó:

"Que Zeus y Apolo no te olviden, Aristandro de Naxos.

En dos días más ofreceré una comida en tu honor, al mediodía, para presentarte mis esposas y mis hijas.

Mis cuatro hijos están al servicio de Seleuco Nikator en Babilonia.

Ellos son Perseprios, de 22 años; Andrónico, de 20; Casandro, mellizo de Agrinia, de 19 años y Haliacmon, de 12 años, quien recibe entrenamiento militar bajo su hermano Perseprios.

Conocerás a mis tres esposas y a mis siete hijas:

Zeusa, de 23 años.

Sidonia, de 21.

Agrinia, de 19.

Olimpia, de 18.

Strimonia de 17

Afrodita de 16

y Artesia, de 14. Estas tres últimas son hijas de mi segunda esposa.

No confundas a mi tercera esposa con Afrodita, ya que tienen la misma edad.

No te doy los nombres de mis esposas para no confundirte. Trae esta lista para ayudar a tu memoria, con los nombres de mis hijas.

He dictado una ley en Amfípolis que prohíbe tomar a dos esposas de la misma familia. He visto muchos dramas familiares en Pella, donde esta ley no existe o no se respeta.

He traído vino de la isla de Naxos, la de tus antepasados. También limones, ya que se dice que en Naxos mezclan su jugo con el vino.

Te esperaremos desde el amanecer, para darte lo mejor de Amfípolis."

Teócrates de Thasos.

Aristandro miraba la caída del sol más allá del río y más lejos de la región de Botia.

El río tomaba un esplendor rojizo y en ese esplendor Aristandro percibía sus propios pensamientos.

Teócrates tiene esclavos y fincas desde el Danubio hasta Bactria Helénica, a las puertas de China. Pero quiere atarme a una de sus hijas. No confía lo suficiente en sus hijos como sucesores de tanta riqueza terrenal. Confía en mí como su sucesor para que cuide de sus once hijos e hijas y de sus extensas propiedades.

Teme a la muerte. Pero yo ya estoy libre de la idea del futuro, que viene con la idea de la muerte.

Puedo mirar y oír sin palabras, sin ideas, sin imaginaciones y sin tradiciones. Puedo ver y oír sin miedo.

Pero eso nos hace diferentes. Esta mente que mira en silencio, puede sostener la mirada de lo sublime.

Pero si queda algo de miedo, deseo o ilusiones en la propia conciencia, entonces la vida se vuelve una tortura.

Arrojó la carta al río y ésta fue arrastrada por la corriente como una pequeña llama hacia la oscuridad de la noche.

VEINTIOCHO

Aristandro llegó a caballo y desarmado a la finca de Teócrates de Thasos.

No consultó con los astros sobre lo propicio del día. Había decidido dejarse llevar por el destino, sin intentar conocerlo.

Vestía de soldado raso hoplita, lo cual simbolizaba sumisión al anfitrión. No llevaba espada, lanza ni escudo braquial, como un moderno hoplita.

Cargaba un viejo escudo de cuero, en bandolera, colgando del hombro. El casco de bronce había sido reemplazado por uno de plata lustrada, con las aletas de Hermes a los costados. Hermes era el mensajero de Zeus.

El chaleco de bronce no ocultaba el poderío muscular de Aristandro. Los greves de bronce que cubrían las pantorrillas desde la rodilla al talón, brillaban al sol de la mañana.

Las sandalias de cuero relucían por la falta de uso.

Fue conducido por varios esclavos vestidos de gala hasta la inmensa mesa, bajo la viña.

La mesa estaba cubierta por un gigantesco mantel de seda blanca, al igual que las sillas.

Ya había jarras de vino de Naxos y de jugo de limón, de la misma isla. Había fuentes con miel y otras con uvas y nueces.

Teócrates llegó eufórico y excitado, gritando el saludo: Que Zeus y Apolo no te olviden.

Ni que te recuerden -respondió Aristandro- contagiado por la alegría del anfitrión.

Se abrazaron con sincera amistad.

Teócrates llevaba sus mejores galas de terciopelo púrpura y su corona de Rey, simulando laureles de oro.

Teócrates mostraba gran locuacidad e hizo muchas bromas, que hicieron reír sinceramente al huésped.

Aristandro escuchaba los pájaros trinando, como trasfondo de la conversación ligera. El brillo de la mañana soleada resplandecía en las hojas de la viña, que hacían de techo natural.

Un esclavo anunció la llegada de las damas de la casa.

Estas se ubicaron en línea, como soldados que fueran a recibir revista de su general.

Aristandro besó la mano de todas ellas, todas vestidas de seda dorada. El vestido contrastaba con el brillo negro de sus cabelleras recogidas sobre la nuca. Todas repitieron las mismas palabras, cada una a su turno:

Honráis nuestra casa y nos llena de alegría tu presencia.

Luego se acercaron las tres esposas de Teócrates, vestidas con togas de lino teñido de rojo. Se limitaron a hacer una reverencia al unísono, y Aristandro respondió de la misma manera, sin tocar a las mujeres.

La comida transcurrió entre las historias de su juventud, que Teócrates contaba.

Las esposas no miraban a Aristandro. Las hijas no le quitaban al huésped los ojos de encima.

Hubo un largo silencio que Aristandro supo como terminar:

Me habéis honrado con esta invitación. Estoy alegre por vuestra amistad y estupefacto ante tanta belleza junta. Me impresionan vuestros ojos verdes, que tanto contrastan con el negro intenso de vuestros cabellos y el marfil de vuestros cuellos.

Todos sabéis que no tengo esposa y mucho me agradecería encontrarla en esta casa.

Espero, con Zeus como testigo, que pueda encontrarme con vosotras frecuentemente para robustecer nuestra amistad y para abrirle las puertas al destino de la que pueda ser mi esposa. Al final del día recibiréis cien flores cada una de vosotras.

Recordad que soy yo quien las remite. Ese será solamente el primero de muchos regalos que pienso hacerles a todas vosotras.

Teócrates comenzó a reír a carcajadas, sin poder contenerse.

Zeusa dijo, un poco embarazada: Hoy hubo muchas cosas de la isla de Naxos en esta casa.

VEINTINUEVE

El viento bora se desató al final de la tarde y no había amainado al llegar la noche temprana.

Aristandro estaba ya por acostarse a dormir, pero eligió salir a la calle a encontrarse con el viento.

Los árboles se mecían violentamente y parecían quejarse con un murmullo común.

Los perros de la ciudad de Anfípolis ladraban agitados al unísono.

Allí estaba Aristandro, excitado por el viento, vestido con una camisa casual en la calle oscura, mirando las estrellas que tanto había estudiado.

Su piel se erizaba en un gran escalofrío, frente al viento nocturno.

Amigo de los Reyes, maestro de soldados, médico, astrólogo y atleta. Pero nunca había sentido la intensidad de la vida, como en esta noche excitante y solitaria.

Un anciano mendigo fue el único humano que vió en la calle.

Noble Señor -dijo el mendigo- necesitáis más abrigo para andar en una noche como ésta.

Aristandro lamentó no llevar dinero consigo, para darle al mendigo.

Lamento no poder darte dinero -dijo- ya que salí de improviso a sentir el viento de la noche.

El día ya ha terminado y de la noche no espero nada -dijo el mendigo- Nací en la medianoche y Apolo no me recuerda.

Aristandro puso su mano derecha sobre el hombro derecho del anciano.

Dijo: Yo nací antes del amanecer y Apolo alumbraba todo lo que existe desde mi propio corazón. Me dio fortuna, me dio conocimientos, pero se llevó a todos mis amigos. Ando esta noche tan solo como tú, noble anciano.

Parece que has visto a un muerto importante para tí, recientemente.

Aristandro se sorprendió. ¿De dónde sacas tú eso?

Porque tienes la mirada lejana y profunda de los pocos que viven silenciosamente con la muerte, despreocupados del futuro.

He visto a Alejandro Argeas Tercero, a pleno día.

¿Y qué te dijo nuestro Rey?

Me asusté mucho de que la inmensidad de la muerte se metiera con mi vida, y él desapareció antes que pudiera decir nada.

Entonces volverá desde la muerte para verte nuevamente. Tú deberás mantener la calma y pedirle que te diga qué puedes hacer por él.

¿Sabes algo del alma? -Dijo Aristandro-

Los sabios de la Academia de Platón dicen que el alma está atrapada en el cuerpo material, por ser un chispazo de conciencia que se apartó del Fuego del Olimpo. Pero yo nunca vi un alma.

Quizá sea un cuento para adultos que inventaron los niños.

Yo tampoco he visto un alma. Ahora mismo me parece que es el viento fuerte el que mira por mis ojos, mientras mi mirada vaga perdida bajo las estrellas, entre el murmullo de los árboles.

Buenas noches mi Señor -dijo el mendigo- Ha sido un largo día y me duelen las rodillas de cansancio, de vejez y de frío.

TREINTA

Fueron dos días de viento constante y todo parecía estar cubierto de polvo.

Aristandro le pidió a sus concubinas que vinieran de una a su cama, mientras las otras esperaban.

También les pidió silencio, para poder desearlas como desean los animales.

Cuando entró Artemisa, después que pasaran Crysa y Metila, ésta traía un mensaje escrito por Zeusa.

Lo dejó una anciana esclava de Teócrates, dijo Artemisa.

Aristandro tomó el mensaje y se retiró a leerlo a su habitación privada.

"Salud, noble Aristandro. Que Zeus y Apolo te recuerden.

Escribe Zeusa para decirte que quisiera verte a menudo.

Quiero saber de tu persona, de tu niñez.

Tus ojos te muestran lejos de todo. Deja que me aproxime a ti. Tu amiga Zeusa."

Aristandro se vistió nuevamente como soldado hoplita, sin armas ni escudo.

Fue bien recibido en la casa de Teócrates por Zeusa misma, con tres esclavas a su lado. La casa entera conspiraba con Zeusa en su misión de seducción.

Trajeron leche tibia con pan dulce recién horneado.

No faltaban dos inmensas jarras de vino. Zeusa pidió que trajeran también una jarra de jugo de limón.

No sigo las costumbres de Naxos, dijo Aristandro.

Háblame de Naxos, de tu familia y de tu infancia Aristandro.

Poco puedo decirte Zeusa. Recuerdo fragmentos no conectados. Subíamos con mi padre Milako de vez en cuando, a la cumbre del Monte de Zeus, que tiene mil metros de altura. Es la más bella vista que se puede hallar en Naxos; la inefable e inimaginable inmensidad del Mar Egeo, brillando al sol.

¿Y de qué hablabas con tu padre?

Mi padre Zeusa, no hacía otra cosa que enseñarme astrología y medicina, ya que era experto en ambas artes.

Yo era un niño curioso y absorbí bien el conocimiento.

Mi madre murió antes que yo tuviera memoria de ella y mi padre pronto se hizo suficientemente famoso, como para que el Padre de Filipo, el Rey Amyntas, lo contratara como uno de los médicos de la corte de Macedonia.

La Reina Olimpia, tercera esposa de Filipo, tomó el rol de madre para mí y contrató filósofos de la magia, la astrología y la alquimia, para que me educaran. Conocí a Olimpia en la isla de Samotracia, el día que se casó con Filipo.

Tambien fui alumno de Aristóteles, por tres años, junto con Alejandro, a quien Filipo había dejado bajo mi tutoría.

Aristandro, me han dicho mis esclavas que eres un fuego en el arte erótico y que no te bastan tus cinco concubinas.

Mira Zeusa, no hablo de las artes eróticas, pero estoy dispuesto a enseñarte todo lo que sé, cuando tú me lo pidas.

Las tres esclavas rieron mucho. Zeusa permaneció apropiadamente seria.

TREINTIUNO

¡Kyrion! llama el esclavo.

¡Señor, Señor!

Aristandro estaba intentando alzar una gran pesa de 100 kilogramos, por enésima vez, con un solo brazo.

Aquí estoy, sudando, dijo Aristandro.

Andrómaco el escriba lo espera en la sala con un mensaje importante.

Aristandro atendió al escriba con medio cuerpo desnudo y sudando a mares.

Esto contrastaba con la lujosa elegancia de la indumentaria del escriba.

Traigo para Usted señor Aristandro, un mensaje de gran importancia.

Dime de una vez.

Andrómaco desplegó el papiro con sus manos flexibles, y ornamentadas con un grueso anillo de oro en cada dedo anular.

Leyó así:

“Señor Aristandro, que Zeus y Apolo no lo olviden.

Le escribe Artesia, su digna servidora. Quiero proponerme como esposa para Ud., ya que me interesa desarrollar mi intelecto, aprender a curar y entender el curso de las estrellas.

Mi vida es muy estrecha, a pesar de ser hija de Teocrates. Mi padre no piensa más que en aumentar su influencia, su prestigio y sus tierras.

Mi madre, quien es la segunda de tres esposas, no hace más que intentar complacerlo, con miles de atenciones cotidianas.

Estoy sola en una mansión llena de esclavos y personas.

Me siento atraída por su cuerpo de atleta y me admiro por sus extensos conocimientos.

Le ruego piense en mí si decide pronto elegir esposa.”

ARTESIA

Aristandro estaba asombrado. Acostumbrado a las sutilezas del estudio de los astros, detectaba pronto sutilezas en el lenguaje:

"¡Si decide pronto!"

Esta malcriada me está diciendo que si no la elijo pronto, puedo olvidarme de ella.

Nada sería mas excitante que domar a esta fierecilla, una vez desposada.

Andrómaco le dijo que esta joven lo amaba.

Dijo Aristandro: Mira Andrómaco, tú ocúpate de hacer letras. Cuando necesite un experto en el amor, llamaré a un anciano solitario.

Andrómaco estaba acostumbrado a ser respetado como un hombre rico.

Después de todo, él también era uno de esos adinerados que pueden comprar esclavos, concubinas y esposas. Tenía la protección del gobierno y del ejército.

Ambas entidades sirven a los ricos, a quienes protegen de los pobres.

Poder hacer letras y palabras era un arte conocido por pocos. Los escribas ganaban mucho dinero.

Conciente de su rudeza, Aristandro bromeó:

Andrómaco, cuídate que no regrese Alejandro Tercero el Magno de la muerte, porque planeaba enseñar a escribir y leer a todos los niños de libres y esclavos sin excepción.

Eso traería un gran número de astrólogos y médicos, dijo Andrómaco alarmado.

Eso crees tú Andrómaco, porque eso es lo que tú harías.

Pero te diré lo que ocurriría si todos supieran escribir: no sabrían qué hacer con ese arte. Jamás lo usarían. Tu profesión está a salvo, Andrómaco.

Andrómaco resistió: no veo cómo tal cosa pueda ocurrir.

Aristandro aclaró: los seres humanos están acostumbrados a despreciar la inteligencia.

Creen que la estupidez los salvará de sufrir.

Pero ocurre al revés, cuanto más insultan la inteligencia, cuanto más desprecian el bien por acumular bienes, más se sumergen en la pobreza, la inmoralidad, la guerra y la ignorancia.

Andrómaco se fue de la casa de Aristandro un poco ofendido y envidiando a ese hombre múltiple, que aún despertaba el amor de una adolescente.

Era un alivio para Andrómaco, pensar que Aristandro era un pésimo profeta.

TRENTIDOS

Casandro de Macedonia hizo traer a Aristandro a la ciudad de Pella, bajo una custodia de trescientos soldados.

Aristandro estaba como en su casa, ya que había entrenado militarmente a los soldados y generales de la custodia. Gozaba de la admiración y el respeto de todos ellos.

Esto era más que lo que Casandro tenía de ellos.

En el palacio del Rey de Pella, Aristandro también estaba como en su casa, ya que había crecido allí, bajo sus padres adoptivos, Filipo Segundo de Macedonia y su tercera esposa Olimpia de Epirus.

Te he llamado -dijo Casandro- porque quiero que confecciones mi horóscopo y me hables de mi destino, el futuro de mi vida y el de mi muerte.

Hubiera querido estar más cerca de Alejandro y de ti, ya que crecimos juntos, pero no es fácil ser el hijo del Regente Antipater, un hombre rígido, como se necesita para ser Regente de Macedonia.

Siempre he sido retirado y tímido y lamento siempre no haber podido estar más cerca de tu corazón, Aristandro.

Tú sabes como te admiramos todos los preskoteos, los semidioses de Filipo, que ahora regimos el mundo conocido desde los Cuatro Reinos o Diadokos Helénicos.

Hemos pactado con Lisímaco de Siria, Seleuco de Babilonia y Ptolomeo de Egipto, que un ataque contra uno de nosotros será tomado como un ataque a los cuatro.

Eso garantiza la estabilidad de nuestras coronas, y la de todos los ciudadanos, sus propiedades y esclavos.

Sé que Teócrates quiere que te cases con alguna de sus siete hijas.

Sabe quién eres tú y sabe lo que quiere (mi corona).

Te advierto que Teócrates no puede oponerse a mi persona, porque sería aplastado. Simplemente mi poder militar es de mil a uno contra Teócrates.

Aristandro corrigió: quizá de cien a uno. Pero suficiente para aplastarlo.

Casandro rió largamente. Siempre fuiste el mejor en todo, incluyendo matemáticas y estrategia militar.

Envidio tu inteligencia y tu conocimiento Aristandro. Tú sabes que a cambio de tu lealtad tendrás mi eterna protección.

Aristandro aclaró: Tu permanente protección, Casandro. La eternidad es de los dioses.

Casandro prefirió ignorar la interrupción y prosiguió.

Otro tema que quiero tratar contigo, Aristandro, es la seguridad de Macedonia.

Antíoco, padre de Seleuco, llegó a ser un experto en seguridad estatal y me enseñó mucho al respecto.

Mi relación con Ptolomeo siempre fue buena y quiero que así se mantenga. Cada seis meses nos visitamos mutuamente, y así nos vemos dos veces por año. Pero Antíoco me enseñó que eso no es suficiente. Necesito un Aristandro en Egipto, para velar por la seguridad de Grecia, Macedonia y Tracia.

Aristandro, molesto, preguntó: ¿Acaso quieres usarme como espía?

Casandro se apresuró en corregir: No Aristandro, es mucho más que eso. Necesito a un nuevo Antíoco, que dirija la seguridad de los Cuatro Reinos.

No concibo a nadie más que Aristandro de Naxos en ese difícil lugar.

Es que no sé si me interesa ese rol, dijo Aristandro.

Déjame decirte más Aristandro; estarás alojado como un rey en la ciudad de Alejandría de Egipto. Hemos acordado con Ptolomeo Primero de Egipto, hacer una tumba de oro para Alejandro el Magno, en esa ciudad, así como el centro más importante del conocimiento universal, en idioma griego. Ya se han mudado a Alejandría de Egipto varias colonias monacales dedicadas al conocimiento astrológico, matemático, médico, militar, alquímico y mágico.

Por eso creo, querido Aristandro, que vivirás allí a tus anchas y que tendrás innumerables alumnos, todos ellos de la más rancia y rica nobleza del mundo conocido. En Alejandría hay monjes de Iberia y científicos de Bactria. Es un centro universal de sabiduría. Crearemos allí la más grande biblioteca del mundo. Ese era uno de los sueños de Alejandro tercero, el Magno.

Ambos hombres callaron por un largo rato.

Aristandro rompió el silencio. Empiezo a interesarme, dijo.

Pero quiero llegar a Alejandría con mi esposa de Anfípolis. Tengo que convencer a Teócrates que me deje casar con dos de sus hijas, contra las leyes que él mismo hizo.

Muy simple, dijo Casandro, te casas con una de ellas en Anfípolis y con la otra, apenas llegues a Egipto. Así no romperás ninguna ley de Teócrates en su ciudad de Anfípolis.

Una última pregunta Casandro: ¿Por qué mataste a Roxana y a Alejandro Cuarto?

¡Ah! Mi querido Aristandro... no sabes ni puedes imaginarte lo difícil que es ser rey de Macedonia, Tracia y Grecia...

El pequeño necesitaba quince años más para tomar el poder. Su madre Roxana era una extranjera del fin del mundo (Bactria) y sin poder alguno. Algunos generales Hetairios ya habían comenzado a tramar un golpe contra mí, para regir en nombre de Alejandro Cuarto. Eso hubiera traído quince años de intriga e inestabilidad, que hubieran sido el fin de Macedonia. No podía permitirme tan prolongada incertidumbre. Hice lo que debía hacer, con todo el

dolor de mi alma. Que Apolo nos libre de todo mal y que tenga piedad de nosotros.

La comitiva de custodia volvió a conducir a Aristandro, esta vez a su casa de Anfípolis.

Una vez en Anfípolis repitió Aristandro para sí, en un susurro:

Que el río de mi destino me conduzca al Mar.

TREINTA Y TRES

Fue escandalosa la noticia en Anfípolis. Trescientos soldados de Casandro de Macedonia habían venido a llevarse a ese gran nuevo ciudadano: Aristandro.

Crecieron los rumores.

¿Había caído en desgracia? Casandro tenía razones para sospechar de Aristandro, tan cercano a Alejandro Tercero el Magno.

¿Sería Aristandro ejecutado?

¿Sería puesto en prisión por vida?

Pero el regreso de Aristandro desde Pella, con la misma custodia militar del Rey de Macedonia había cambiado el tono de los rumores.

¿Será éste el Virrey de Macedonia?

¿Será éste un consejero importante de Casandro?

¿Por qué se le da tanta importancia?

Teócrates no era ajeno a este escándalo y su ansiedad creció aún más.

Las hijas de Teócrates veían ahora a Aristandro con aun mayor admiración. La fiebre por desposar a Aristandro había cambiado la dinámica familiar en la casa de Teócrates.

Antes Teócrates exigía de sus hijas la mayor devoción por Aristandro. Ahora las hijas de Teócrates le exigían que protegiera más a Aristandro militarmente y que se lo invitara más frecuentemente a comer a la casa.

Teócrates no pudo vencer su ansiedad y llegó a la casa de Aristandro por sorpresa.

Dijo Teócrates, ya frente a Aristandro: Necesito saber qué significa esta movilización de tropas y de tu persona. También necesito saber si ya has elegido esposa entre mis hijas.

Querido Teócrates, que Zeus y Apolo no te olviden. El rey Casandro de Macedonia me quiere en Alejandría de Egipto. Pronto esa ciudad será la más importante del mundo de nuestros días. Me dará una casa de porte real y diez mil talentos anuales. Todos mis gastos estarán cubiertos por la corona de Macedonia.

Seré maestro de maestros en la Alejandría de Egipto y Casandro me ha nombrado ya Ministro de Seguridad de Macedonia en Egipto.

Colaboraré en el crecimiento de la Biblioteca de Alejandría, la mayor del mundo.

Ahora bien, Teócrates, tú sabes que estoy enamorado de dos de tus hijas; Zeusa y Artesia. Me casaré con Zeusa en Anfípolis y con Artesia en Alejandría, para no romper tu ley de Anfípolis. Cuidaré de ambas con mi vida hasta mi muerte, querido Teócrates.

Mi casa será la tuya en Alejandría de Egipto.

Teócrates estaba sencillamente maravillado. Dos de sus hijas serían las felices y afortunadas esposas del hombre más admirado de Macedonia: Aristandro de Naxos.

El hombre más querido seguía siendo Alejandro Tercero el Magno.

TREINTA Y CUATRO

Aristandro no pudo irse de la casa de Teócrates.

Se le asignó un dormitorio privado de inmensas proporciones y diez esclavos a su servicio constantemente.

Un esclavo anunció la visita de Zeusa y Artesia.

Aristandro ya estaba excitado por los acontecimientos.

Las dos bellas jóvenes en su dormitorio, acompañadas cada una por tres jóvenes esclavas, aumentaban la excitación hasta el punto de la agitación.

Me alegra mucho verlas, dijo Aristandro apenas conteniendo el aliento.

Estáis benditas y protegidas por la diosa Afrodita. Si no fuera así no podríais tener esos ojos inmensos, esos cuellos, y ese cabello tan negro y brillante.

Ambas jóvenes dijeron, casi al unísono: Que Zeus y Apolo no te olviden.

Debo decirlos que las amo a ambas y que ambas serán mis esposas, como ya les habrá hecho saber vuestro padre.

Zeusa y Artesia sonreían permanentemente con incontenible alegría.

Zeusa dijo: el hombre de mis sueños será mi esposo.

Artesia agregó: Tu lengua será mía hoy y de Zeusa mañana. Tu sexo será mío hoy y de Zeusa mañana.

Aristandro se sonrojó ante las seis esclavas que no paraban de reír.

Artesia, has dicho algo muy inapropiado. Deberás aprender a hablar menos y con mayor juicio.

Artesia dijo: tú eres mi amo, mi señor y mi maestro. Tú me enseñarás todo lo que no sé y me harás hacer lo que tú digas, aunque yo no lo quiera.

Así debe ser, dijo Aristandro.

Besó a Artesia en la boca largamente, algo que hacía mucho tiempo quería hacer.

Agregó: vuestra belleza es incomparable. Pienso mucho en vosotras. Quiero llevarlas cuanto antes a

mi cama. La honra que os daré al desposaros, será compensada con vuestra esclavitud a mis deseos.

Ambas contestaron alegremente: Así será, amo Aristandro. Así será.

Zeusa se arrodilló frente a Aristandro para besar sus pies.

Otro tanto hizo Artesia, aunque ella no sólo los besó, sino que los lamió repetidamente frente a la celosa mirada de Zeusa.

La excitación sexual de Aristandro se hizo obvia, aun bajo la ropa.

Las seis esclavas reían.

Aristandro volvió a sonrojarse.

¡Es hora que os retiréis, todas vosotras! ¡Apenas nos casemos veréis que soy insaciable en mi necesidad de vuestros cuerpos y de vuestro amor;

TREINTA Y CINCO

Teócrates organizó una boda fastuosa para Aristandro y Zeusa. Por lo menos una copa de vino fue lo que recibió cada uno de los casi diez mil habitantes de Anfípolis.

Los quinientos invitados a la boda fueron agasajados sin cesar con comidas y bebidas durante siete días.

Se presentaron varios bufones, enviados por Casandro, algunos flautistas de Tracia y hasta se presentó teatralmente la Odisea de Homero, con un grupo de actores traídos desde Atenas.

Desde el primer día, Aristandro llevó a Zeusa a su dormitorio, en la misma casa de Teócratas. Aristandro era semidueño de la casa.

Zeusa, ansiosa, habló primero, en el silencio de la gran habitación.

Temo que Artesia es mucho más atrevida que yo. Temo que te hará cosas que yo no sabré hacerte, como lamerte los pies...

Mira mujer, cuando estoy contigo, Artesia no existe. Ninguna otra mujer existe. Mi relación contigo es

única y jamás quiero que la compares con otra. No harás nada que no quieras hacer. En este día te penetraré y empujaré tu piel incansablemente hasta que nos volvamos uno. Voy a besar tu boca hasta que respires solamente mi aliento. Te voy a llenar de semen, ya que he pasado quince días de castidad, para darte más de mí.

Mi Señor, dijo Zeusa, te comportas como lo hace el hombre de mis sueños. Ese hombre no tenía rostro, y ahora tiene el tuyo. Si hay algo que no te doy, obligame a darte.

Tú me darás lo que quieras darme, sin obligación alguna, Zeusa querida.

Ambos se sintieron uno, en la ausencia de ego de un intenso orgasmo. El golpe arduo y repetido de cuerpo contra cuerpo, los dejó exhaustos y sudorosos.

Al cuarto día de la boda, que duró siete días, Teócrates envió a Artesia al dormitorio de Aristandro.

Tres esclavas tuvieron que venir por Zeusa, quien dejó el dormitorio a regañadientes.

Luego, cuando Artesia entró, Aristandro se sintió el más afortunado de los mortales.

La joven vestía de seda blanca, con falda muy corta, remedando a la Diosa Artemisa, mostrando sus suaves, largas y sensuales piernas. Ella eligió abrir más el vestido, para dejar ver los firmes senos y los pezones erectos por la pasión primera. Estaba descalza. Se arrodilló frente a Aristandro y lamió repetidamente sus pies nuevamente.

Lamió, ascendiendo devotamente, las piernas de su amado.

Se detuvo lamiendo las ingles, de quien sería alguna vez, su esposo, en Egipto.

Aristandro pensó que con Zeusa debía ser el agresor. Pero con Artesia tenía que comportarse como receptor pasivo del amor.

Cuando ella comenzó a lamer y chupar su pene, Aristandro dejó de pensar. Con los ojos en blanco, mirando la nada del éxtasis, se dejó llevar por ese exquisito placer irracional.

Murmuró : chiquita mía...

Y luego se dejó llevar por la atrevida y deslumbrante jovencita hasta los umbrales de la casa de los dioses; el Olimpo.

TREINTA Y SIETE

Teócrates personalmente transportó a Aristandro, ahora doblemente su yerno, y a sus dos hijas, así como a las tres concubinas de Aristandro, Crysa, Metila y Artemisa, desde Anfípolis de Macedonia, hasta Atenas.

La despedida fue dolorosa para Teócrates, quien prometió visitar Egipto.

En el Puerto Pireo de Atenas, la importante comitiva de Macedonia, se hizo a la mar en una nave Fenicia de tres velas y veinte remos con sesenta remeros.

Crysa, Metila y Artemisa, viendo lo precario de su nueva situación y amedrentadas por el mar, juraron eterna sumisión y fidelidad a Aristandro.

Muchos esclavos de Aristandro no iban a abandonar Anfípolis, y éste les otorgó su libertad total.

Aristandro puso a Zeusa a cargo de Crysa, a Artesia a cargo de Metila y Artemisa quedó como supervisora de Crysa y de Metila. Así Aristandro repartió el poder y se aseguró los favores de cinco mujeres.

En el viaje al Sur, a través del deslumbrante Mar Egeo, Artesia se quedó prendada de un activo remero, de nombre Trakos, quien le gritó alabanzas a la joven. Ella vivía experiencias nuevas por primera vez, fuera de la casa paterna.

Aristandro habló a solas con Artesia, pidiéndole que jamás mirara a esclavos, remeros y soldados, ya que si uno de ellos la violaba sexualmente, podría matarla para conservar el anonimato y eludir el castigo.

Artesia fue llamada a juicio nuevamente por Aristandro.

Mi Señor, ruego tu perdón y comprende mi ignorancia. Me he pasado la vida en casa de mi padre y no sé los caminos del mundo.

Te perdono Artesia, pero debes pensar antes de actuar y hablar.

Te recomiendo que hables conmigo, antes de decir o hacer algo en público.

Artesia prometió hacerlo y cuidarse más.

La jovencita no comprendía que la vida misma de Aristandro estaba ahora en peligro.

Aristandro tuvo que enfrentar la situación como se hace entre animales machos.

Desafió a Trakos a una lucha a muerte, con Artesia como recompensa al ganador.

Trakos no se veía con una oportunidad semejante nuevamente en su vida entera y aceptó rápidamente.

Los remos le habían dado la fuerza y la musculatura de cinco hombres juntos.

Trakos y Aristandro se enfrentaron.

Aristandro se movió con una rapidez de rayo y golpeó fuertemente con el canto de su mano derecha el cuello de Trakos.

Este cayó instantáneamente, ya sin conocimiento. Pronto entró en convulsiones y en cinco minutos estaba muerto por asfixia.

Los remeros, los soldados y la tripulación ovacionaron a Aristandro.

Golpear el punto de la muerte en el cuello había sido una de las enseñanzas secretas de Aristóteles a los cinco preskoteos, que ahora dominaban el mundo conocido.

Zeusa quedó tan excitada que tuvo que tocarse la vulva a solas hasta el orgasmo, para relajarse y volver a cierta calma.

Artesia se sentía muy culpable. En estado de pánico contenido, lamió todo el cuerpo de Aristandro varias veces hasta asegurar su perdón y un coito muy violento, pero pacificador.

Así llegaron a Egipto sin más novedades.

Los cincuenta y nueve remeros que quedaron, ya no osaron desafiar a Aristandro nuevamente.

Los soldados inventaron una nueva leyenda para engrandecer a aquel que los había entrenado. De esa manera se auto-engrandecían.

TREINTA Y OCHO

Ptolomeo Primero de Egipto estaba sinceramente alegre de este reencuentro con Aristandro. Ptolomeo sabía de la integridad moral de Aristandro, que le había ganado la confianza total de dos grandes emperadores; uno fue Filipo Segundo de Macedonia y el otro, Alejandro tercero el Grande.

Se abrazaron largamente en el puerto de Pharos.

Aristandro sabía, como lo sabían los cuatro herederos de los reinos que surgieron con la muerte de Alejandro, que Ptolomeo Primero había hecho de Egipto el país más próspero del mundo de su época. Ptolomeo había dominado a los sacerdotes de Isis y Serapis y había introducido el trigo tetraploide, que trajo gran mejoría de las exportaciones de trigo y un aumento meteórico inigualado de la población de Egipto.

Creta, Chipre y Palestina habían caído bajo su dominio con relativa facilidad, pero no sin inteligencia.

¿Recuerdas a Aristóteles? Preguntó Ptolomeo.

Lo recuerdo, dijo Aristandro, mirando el cielo larga y seriamente.

Ambos rieron, recordando las difíciles clases y esa rebeldía juvenil que los había unido, contra el racismo y el elitismo del gran Maestro.

Mira dónde estoy, Aristandro. Soy el Primer Faraón Macedonio de Egipto, apodado Soter o Salvador. Claro que mi dinastía fue fundada por Alejandro Tercero el Magno, quien se nos fue demasiado temprano.

¿Cómo está tu seguridad? Preguntó Aristandro.

Bien, amigo. Antíoco, padre de Seleuco, nos educó en ese arte, en la formación de espías y en su organización.

Además, trato de llevarme bien con los sacerdotes y hay un sistema de distribución equitativa de las cosechas, lo cual hace que nadie pase hambre en Egipto, por primera vez en toda su historia.

Todo eso me mantiene seguro en el poder.

Tu arribo, Aristandro, fortifica mi posición, sobre todo si tú te vas a ocupar de la seguridad de Macedonia en Egipto. Esa seguridad será la mía.

Ptolomeo llamó a varios esclavos que esperaban con cinco grandes bolsas de metal.

Mira Aristandro, estas cinco bolsas las mandó Casandro de Macedonia. Cada una de ellas contiene dos mil talentos. Son, diez mil talentos como pago anual adelantado.

Además Casandro compró la más grande mansión de Alejandría para ti y tus cinco mujeres. Hay trescientos esclavos armados, a tu disposición en esa mansión.

Aristandro estaba muy feliz, con tantos eventos favorables.

Ptolomeo Primero Soter llamó aparte a Aristandro con un ademán de confianza y le dijo: los monjes orientales que residen en Alejandría, quieren traer a un místico persa, que dicen tiene el poder de volar. He tratado de postergar el permiso para ver si se olvidan de esa tontería, pero han vuelto a insistir varias veces.

Lo que menos necesitamos en este siglo es otro Profeta, con una nueva religión organizada. Ni quiero saber lo que piensan los sacerdotes locales de Isis y Serapis.

Me temo que tendrás que recibir al persa volador en algún momento de tu futuro.

Aristandro parecía divertido con la noticia confidencial y dijo, intentando ser poético:

Si Zeus hizo a los hombres para caminar y a las águilas para volar, me pregunto porqué los hombres quieren volar y las águilas caminar.

Ptolomeo imitó el tono de Aristandro:

La vida incluye las pulsaciones del rayo y los ataques del chaparrón. Es entonces que las águilas renuncian a ese don divino que es volar.

Pero yo seré el águila que vuela en la lluvia, dijo Aristandro solemnemente.

Después de un banquete de recepción que organizó Ptolomeo, Aristandro partió para Alejandría con su comitiva de mujeres macedónicas.

Pronto se corrió la voz de la hazaña homicida de Aristandro en la nave fenicia.

Los trecientos esclavos lo recibieron con una ovación en Alejandría.

Recordó las innumerables ovaciones que había recibido Alejandro Tercero.

El Gobernador de Alejandría, el General Istóteles de Tracia, lo recibió con honores y lo colmó de regalos y joyas de oro. Istóteles había recibido entrenamiento militar bajo Aristandro en Pella.

Las cinco mujeres estaban eufóricas.

Artesia no decía ni una palabra, temerosa de decir algo inapropiado, que cambiara tanta suerte para mal.

Aristandro la recompensó pasando toda una noche con ella.

Aristandro pudo dormir muy poco esa noche.

Artesia era tan atractiva como atrevida y exigente en las lides del tálamo conyugal.

TREINTA Y NUEVE

Ankhar era el gran sacerdote de Isis en Alejandría de Egipto.

Vestía con toga de seda negra y diez anillos de plata. Un gran collar plano de plata le rodeaba el cuello.

Su larga barba blanca le daba cierta dignidad, aunque las sacerdotisas vírgenes de Isis, todas ellas adolescentes del interior de Egipto, afirmaban que Ankhar poseía el don de la potencia masculina y era capaz de satisfacer a dos mujeres por vez, a pesar de su elevada edad.

Esto era un secreto público, que enaltecía a un sacerdote de Isis.

Dijo Ankhar: Me dicen que no está de acuerdo con nuestro rito de dejar a la esposa a nuestro cargo, durante 48 horas después de la boda.

En esos dos días la nueva esposa recibe baños sagrados, dirigidos por las sacerdotisas adolescentes.

Aristandro estaba molesto con Ankhar y no trataba de ocultarlo, a pesar de ser conciente de la

delicadeza de esta relación, que no debía deteriorarse por ninguna causa.

Solamente quiero que mi boda sea legal en Egipto, para que sea legal en Macedonia. Mi esposa y yo no somos devotos de Isis y no participamos en rito alguno, egipcio o macedónico.

En 48 horas pueden pasar muchas cosas y algunos sacerdotes no tienen mucho que hacer.

Ankhar tuvo que mostrar molestia y así lo hizo.

Pero ambos hombres estaban concientes de su limitado poder de acción.

Aristandro era un extranjero desconocido, aunque prestigioso y aún legendario.

Ankhar moderaba sus pretensiones, ya que no quería que llegaran quejas a Ptolomeo Primero.

No era un equilibrio de poder, sino un equilibrio de impotencia.

Isis lloraría después de la boda por no ver a la novia en su retiro obligado, y Ankhar tendría que esperar a otra boda para satisfacerse con la novia.

Durante la boda, que se festejó por siete días en el palacio de Ptolomeo Primero de Egipto, Artesia se cubrió de seda blanca y de innumerables joyas de oro.

Eran innecesarios los artificios para enaltecer la belleza de Artesia. Sus ojos verdes y su cabello renegrido hacían un contraste espectacular. Las suaves curvas de su cuerpo, delatadas por la seda, con un andar atlético, multiplicaban su encanto.

Todos los invitados deseaban conocer a Aristandro de Naxos, apodado “el mejor de los mortales.”

Como era su costumbre, Aristandro desapareció con la novia, en la primera de las siete noches de su boda.

Artesia contó las noches hasta la cuarta. Entonces dijo: Está noche yo debería cederle mi lugar a Zeusa, cosa que haré si tú me lo ordenas, mi Señor, pero no por natural bondad. Te quiero siempre para mi y esa es mi real voluntad.

Tu voluntad esta bajo la mía, le recordó Aristandro.

En realidad Aristandro no podía saciarse con Artesia y pasaron las siete noches juntos e inseparables.

No estaba allí Teócrates para intervenir.

Zeusa pensó que Artesia sería la esposa favorita.

Lloró durante las siete noches de la boda de Artesia.

Crysa y Artemisa trataron de consolarla en vano.

Zeusa agonizaba espiritualmente en la profunda penuria de los celos.

CUARENTA

Zeusa irrumpió muy agitada en el dormitorio privado de Aristandro.

Había estado largo tiempo a solas, pensando e inventando problemas.

En ese momento él intentaba usar su gran compás de bronce sobre un papiro muy grande con símbolos astrológicos y ecuaciones matemáticas con logaritmos.

Zeusa preguntó sin saludar: ¿Acaso Artesia será tu esposa favorita?

Zeusa, por favor, estoy trabajando con el destino de un Rey, Se trata de Casandro. Mientras trabajo así, debes enviarme mensajes con Crysa.

Crysa no es tu esposa, pero yo sí.

Aristandro abandonó el compás y abrazó a Zeusa.

Zeusa, una interrupción en estos cálculos significa horas de retraso. Tengo que concentrarme en esto.

Mujer, tú tienes tanto, que no deberías compararte con nadie.

¿Quieres pasar esta noche conmigo?

Zeusa contestó: Si fuera por mí, y ya que no puedo saciarme de ti, quisiera pasar todas las noches contigo.

Zeusa, preciosa mía, puedo pasar cinco noches de cada mes contigo, y esas son las noches que yo decida.

He notado que te acercas cuando está por llegarme la hemorragia menstrual.

Trato de que no te embaraces. Si quedas preñada envejecerás.

Aristandro, dime por qué no quieres hijos. Yo no los quiero, pero mi padre me exige que los tenga.

Aristandro habló con pesar en su voz. En este mundo de infinitas traiciones no existe seguridad durante nuestra vida, y menos después de nuestra muerte. Mira lo que le pasó a ese bebé llamado Alejandro Cuarto. Fue asesinado por orden de Casandro de Macedonia. Si hubiera crecido, hubiera sido un esclavo o un soldado. No quiero ese destino para un hijo mío.

Y mío -dijo Zeusa-

Y tuyo -dijo Aristandro-

Ahora contéstame, amado mío: ¿será Artesia tu esposa favorita?

Esa era su pregunta obsesiva.

Aristandro la desnudó en un instante. Luego desgarró las túnicas de Zeusa y con los retazos le ató las muñecas, una junto a la otra.

¿Qué haces?

Te muestro tu lugar, querida Zeusa.

Aristandro tomó a su primera esposa sexualmente, pero con especial violencia.

Le dijo Aristandro: ya ves que no puedes hacer nada, tienes las manos atadas.

Con las mejillas enrojecidas por la ira y el deseo sexual, Zeusa lucía aún mas bella.

Debes mirarte Zeusa, para que confirmes que no hay mujer más bella que tú. Recuerda que te amo.

Finalmente Zeusa renunció a su pregunta.

Te ruego me desates mi Señor. Te ruego perdones mi osadía de interrumpir tu fino trabajo. Te ruego que me sigas amando.

Aristandro rió alegremente. ¿Acaso podía él hacer otra cosa con Zeusa?

CUARENTA Y UNO

Habría que construir una Palestra en Alejandría cuanto antes.

Aristandro suplía su ausencia corriendo cada mañana unos diez kilómetros.

Los niños mendigos lo ovacionaban y lo perseguían por cortos trechos.

Está noche se iría a dormir temprano, con órdenes a los esclavos de la guardia, que nadie debía molestarlo hasta el amanecer del siguiente día.

Se hacía necesario estar a solas, después de tantos eventos importantes, su nombramiento como Ministro de Seguridad de Macedonia en Egipto, como Jefe de la Biblioteca de Alejandría en Egipto y como esposo de las dos hijas más bellas de Teócrates de Thasos.

Aristandro necesitaba paz y soledad.

Repasó los eventos con espíritu crítico y alerta.

Casandro de Macedonia me envía a Alejandría de Egipto con salario anual adelantado de diez mil talentos. Es una manera muy elegante de comprarme.

Pero un Ministro de Seguridad debe estar junto al Rey en Tebas de Egipto (a lo menos en Memfis) y no en Alejandría, aislado del Rey y del Senado.

Quizá Casandro Primero de Macedonia está interesado en hacer de Alejandría de Egipto el centro más importante del conocimiento humano, tal como lo deseaba Alejandro Tercero el Magno.

Pero era más fácil creer que Casandro de Macedonia quería proteger su espalda y su trasero, ya sospechando que la creciente amistad entre Aristandro de Naxos y Teócrates de Thasos podría, eventualmente, traer un levantamiento de Anfípolis contra Casandro de Macedonia en Pella.

Anfípolis era una ciudad más próspera que Pella y bien podría ser Capital de Macedonia, Tracia y Grecia.

Todas estas mudanzas de la persona de Aristandro, era nada más que el deseo de Casandro por estar más seguro en su rol de Rey del Diádocos de Macedonia, Tracia y Grecia.

Aristandro había sido comprado elegantemente y su Rol de Ministro de Seguridad de Macedonia en Egipto era sólo un repiquetear de cascabeles sin ningún significado real.

Sin embargo, pensó Aristandro, vivir en Alejandría de Egipto era bastante cómodo, con el apoyo y el amor de sus cinco mujeres.

Ahora era posible concentrarse en la tarea real de hacer de Alejandría de Egipto el verdadero centro del conocimiento humano mundial.

Sería en verdad un maestro de maestros y el director de la más grande biblioteca del mundo.

Sin duda que esto era significativo para Aristandro de Naxos.

Con todo lo demás había que seguir el juego y dejar que el río de su destino lo llevara al profundo mar.

CUARENTA Y DOS

La biblioteca ya contenía miles de ejemplares de libros en griego. Ahora había que traducir textos judíos, persas, chinos, hindúes y tibetanos al griego koiné.

Esperaban traducirse al griego los apócrifos de la Septuaginta judía, los Poemas y Cuentos de Persia, el Tao-Te-King chino de Lao-Tse, los Cuentos de Chuang-Tzu, el Kama Sutra hindú, los Vedas de la India, el Libro de los Muertos de Tibet, el Kybalion egipcio y el Libro Bactriano de los Vivientes.

Estos y muchos más esperaban ser traducidos. Había más de mil Sutras de Buda sin traducir.

Aristandro pidió a Casandro que le enviara traductores griegos, a pesar que ya habían llegado a Alejandría de Egipto más de cien.

Después de correr los diez kilómetros cada mañana, Aristandro era bañado por sus mujeres. Tenía relación sexual con dos de ellas, una después de la otra, en privado con cada una, cada mañana.

Luego tomaba un desayuno griego y egipcio donde la leche se mezclaba con el vino, el pan y las lentejas

con los dátiles africanos y los gigantes huevos de pato con la carne asada de cerdo.

Luego pasaba algunas horas en la biblioteca, corrigiendo el griego de los traductores.

Más tarde, después de un almuerzo ligero con frutas y queso, trabajaba en algún horóscopo de reyes y generales.

Cada horóscopo costaba dos mil talentos, pero siempre había mucha demanda.

El futuro era importante para muchos.

A veces omitían vivir el presente concientemente, pero no “olvidaban” el futuro.

Por la tarde veía algún enfermo y aprendió a detectar enfermedades egipcias que no se veían en Grecia y Macedonia.

Descubrió que la ceguera era causada por una mosca de Egipto, en muchos casos.

Veía el atardecer en una grata conversación con sus cinco mujeres. Bebía un poco de Ajut egipcio y se retiraba a una hora de soledad y silencio, antes de dormir.

El viejito ya debe dormir, bromeó Artesia.

Aristandro no podía responder. Las tonterías y bromas de la bella Artesia le llegaban al silencio de su corazón y desde allí no hay palabras.

Artemisa se sumó a la broma.

¿Qué le dolerá al viejito?

Y Artesia nuevamente: le deben doler las tres piernas, después de las actividades de la mañana.

Aristandro debió reír de buena gana.

También deben dolerle los dientes, dijo Zeusa mostrando su suculenta nalga derecha desnuda, marcada por los dientes de Aristandro.

Aristandro sólo pudo seguir riendo, aun a solas, en su dormitorio privado.

Murmuró para sí mismo, muy divertido: cinco locas para este sabio.

CUARENTA Y TRES

Una comitiva de Persépolis traía consigo hasta Alejandría de Egipto a un famoso místico persa, el Ayatolah Magupat Khadir.

Habían viajado casi 700 kilómetros, a través de Persia, la Mesopotamia de Akkad , Siria y Arabia.

Este se encontró con Aristandro de Naxos en un amplio y lujoso recinto, que servía de oficina de relaciones para Aristandro.

Un esclavo de Khadir presentó a su amo:

Khadir es maestro de levitación y clarividencia, es Magupat (Sumo Sacerdote) del fuego y de Ahura Mazda. Su alma pesa menos que una pluma.

Fue invitado por maestros y monjes persas que ahora residen en Alejandría de Egipto.

Aristandro se dirigió a Khadir (y no al esclavo): No me impresionan los trucos de los místicos ni sus palabrotas sagradas.

Otro esclavo tradujo al persa. Este era uno de aquellos muchos griegos del Punjab, que Seleuco Nikator había abandonado después de entregar, por quinientos elefantes, toda esa región al rey Candragupta Maurya, de la India.

Khadir habló en persa y el mismo esclavo tradujo al griego: el hombre es más de lo que parece.

Tú no eres más hombre que yo, dijo Aristandro.

Anticipo que no serás uno de mis discípulos, dijo Khadir.

Anticipas bien Khadir.

Conozco a un macedonio que se arroga importancia por ser atleta, militar, astrólogo, médico, ministro y director de esta biblioteca.

Faltó decir mago. Lo conoces casi tan bien como yo, dijo Aristandro.

Entonces dile que suba hasta la cumbre de la montaña.

No puedo decirle eso porque te dejaría atrás.

En la cumbre se respira un aire más limpio, donde el orgullo humano no contamina.

Deberías subir hasta allí, es muy bello, dijo Aristandro entretenido con la conversación.

Tus ojos no saben ver ni siquiera lo evidente.

Es que tu lengua habla de cumbres que no conoces, Khadir.

El Magupat Khadir hizo un gesto para su esclavo ayudante y se retiró sin decir más nada.

El griego del Punjab, ahora esclavo traductor, dijo que Aristandro había perdido a un amigo.

No quiero amigos que pretendan ser superiores a mí, dijo Aristandro.

Y agregó: el regalo divino de la amistad es para los hombres que se consideran iguales, con su sangre roja, sus lágrimas saladas y su mutuo respeto.

CUARENTA Y CUATRO

Después de la visita del faquir persa, cesó la influencia oriental en Alejandría de Egipto.

Ptolomeo Primero mantuvo un equilibrio con los sacerdotes egipcios construyendo templos egipcios en Dandara, Esna, Idfu y Kom Ombo. Todavía puede notarse la mano griega en esas construcciones.

Aristandro sostuvo una reunión secreta con Casandro Primero y con Ptolomeo Primero de Egipto en Alejandría.

A partir de esa reunión poco se supo de las actividades de Aristandro.

El acceso a la Biblioteca de Alejandría se hizo cada vez más difícil y el idioma usado fue sólo el griego koiné.

Los egipcios comenzaron a bautizar a sus hijos con nombres griegos.

Luego vino Teócrates de Thasos con sus hijos Persepios y Casandro. Teócrates transfirió en vida, el poder de Anfípolis, a Persepios, asegurándose la

regencia permanente de la ciudad por parte de Aristandro de Naxos.

Desde entonces, Aristandro visitaba Anfípolis dos veces por año y las disputas serias y urgentes entre ciudadanos de Anfípolis, se solucionaban personalmente frente a Aristandro, en Alejandría de Egipto.

Eventualmente Artesia se transformó en la única mujer de Aristandro y él vio cada vez menos frecuentemente a Zeusa y sus tres concubinas.

Aristandro aceptó una invitación a Babilonia, por parte de Seleuco Nikator y fue a regañadientes a pedido de Ptolomeo Primero, para disminuir las tensiones políticas y económicas que se suscitaron por la creciente hegemonía comercial de Egipto en todo el Mar Mediterráneo.

Egipto no había conocido mejores épocas.

Seleuco Nikator y Casandro Primero se sentían amenazados por un más poderoso Egipto.

Los últimos años de Aristandro permanecen en la obscuridad.

Se sabe que hizo de la Biblioteca de Alejandría lo que Alejandro Tercero el Magno había soñado: el

Centro Cultural y Científico del Mundo de esa época.

Ptolomeo Primero borró los registros de la existencia de Aristandro en Alejandría, a pedido de Casandro Primero de Pella.

Es de suponer que Casandro Primero hiciera lo mismo en la ciudad Macedonia de Pella.

Lo que se sabe de Aristandro viene de libros escritos por generales griegos y macedonios que Aristandro había entrenado militarmente y que sobrevivieron, debido a que sus autores no eran muy conocidos.

Artesia de Anfípolis escribió “Memorias de Aristandro” a la muerte de éste, pero Casandro Primero hizo quemar todas las copias. La quema de libros se hizo frecuente en la Grecia Post-Alejandrina.

Aun los libros del gran Heráclito de Efeso se quemaron totalmente (holocausto).

Lo que sabemos de ese pensador viene de sus enemigos.

Fue en la ciudad de Efeso donde Juan Bonaerges escribiera el Cuarto Evangelio Canónico, cuatro

siglos después que Heráclito muriera. Juan usa el lenguaje de Heráclito.

Las razones de Casandro Primero para ordenar el Holocausto de la Obra de Heráclito permanecen en la obscuridad.

Se supone que Heráclito defendía la igualdad económica, educativa y jurídica de todos los seres humanos sin excepciones.

La misma Biblioteca de Alejandría terminó, siglos después en Holocausto. El Holocausto de la Biblioteca de Alejandría en el año 639 D.C. pasó a la historia como la gran tragedia de la cultura humana durante toda la historia escrita.

Algunos historiadores dividen la Historia Humana en “antes y después” del Holocausto de la Biblioteca de Alejandría.

EPÍLOGO

Pasaron más de dos siglos antes de que naciera Jesucristo.

Jesucristo (y el Emperador Constantino en el 321 después de Cristo, quien oficializó el Cristianismo en el Imperio Romano) cambiaron la moral y las costumbres de todos los países mencionados aquí y de todos los que habrían de nacer desde entonces.

Alejandro el Magno fue divinizado después de su muerte, pero a regañadientes.

El decreto Espartano decía: “Ya que Alejandro quiere ser Dios, permitamos que lo sea.”

Su reinado duró doce años y ocho meses. Murió a la edad de 34 años. Su cuerpo fue enviado en un ataúd de oro desde Persépolis a Alejandría en Egipto.

La muerte de Alejandro fue inesperada y sus generales nombraron herederos del trono al hijo ilegítimo de Filipo Segundo, llamado Arquideo y al hijo de Roxana y Alejandro, nacido después de la muerte de Alejandro, llamado Alejandro Cuarto. Arquideo fue asesinado en el 317 antes de Cristo y Alejandro Cuarto en el 310 antes de Cristo.

Alejandro planeaba ser Emperador del Mundo e instaurar la igualdad absoluta de todos los seres humanos sin distinciones religiosas o raciales.

Ese plan murió junto con su persona.

A pesar de las debilidades del tesorero de Alejandro, llamado **Harpalus**, Alejandro estableció el patrón plata, que era el de Atenas, en detrimento del patrón oro de los Persas y esto dio gran impulso al comercio del Mediterráneo en los siglos venideros.

Obviamente los planes alejandrinos de igualdad de los seres humanos fueron un fracaso, así como sus esfuerzos por fundir las poblaciones griegas con las Persas.

Aristandro pasó casi desapercibido, no por falta de grandeza, sino quizá por un exceso de ésta. Siempre trató de pasar desapercibido. Su inteligencia le dijo, que para sobrevivir en ese ambiente en el que vivió, había que guardar un perfil bajo. Su influencia sobre Alejandro fue enorme, y logró compensar el racismo elitista aristotélico con el deseo de igualdad para todos los seres humanos.

Aristandro logró vencer la influencia Persa en Alejandría de Egipto, e hizo de esa ciudad un gran centro cultural internacional en idioma griego Koiné.

A la muerte de Aristandro, Alejandría era ya la más importante ciudad del mundo conocido. Allí florecieron grandes filósofos y científicos como Euclides, Arquímedes (212 A.C), Ptolomeo (145 D.C.), Eratósthenes y Plotino (270 D.C.).

En Alejandría se tradujo la Septuaginta, la Biblia hebrea, al idioma griego.

El Egipto helenizado de la Dinastía de los Ptolomeos, se hace parte del Imperio Romano, por el Emperador Augusto César en el año 30 antes de Cristo. La última reina de esta Dinastía fue la famosa Cleopatra, quien le dio un hijo a Julio César, pero la muerte de éste, por asesinato, la dejó en manos de un ejército romano más poderoso.

El feudalismo Persa continúa hasta hoy, a pesar de Alejandro el Magno y de las enseñanzas de Jesucristo.

Se impusieron más bien el racismo y el elitismo piramidal Aristotélicos.

Dieciocho Sátrapas Persas fueron asesinados por los hombres del General Hetairo Seleuco Nikator, después de la muerte de Alejandro.

La personalidad carismática de Alejandro lo transformó en leyenda. Alejandro estaba inspirado por personajes mitológicos griegos como Aquiles, Hércules y Dionisio, y como ellos, quería ser un semidios.

A medida que la presión de sus conquistas crecía, se agriaba su carácter. Sus arrebatos de cólera y asesinatos impulsivos le hicieron perder algo de su enorme influencia aun durante su vida. Esto hizo que su conquista de India no fuera completa. Jamás entró en China, como planeaba hacerlo.

Como general y militar no tenía parangón. El habilidoso uso que hizo de su caballería (y las recompensas enormes a sus caballeros “Hetairios” o “Compañeros”) hizo casi innecesario el uso de la infantería durante sus muchas batallas.

El historiador Plutarco afirma que Alejandro fundó por lo menos setenta nuevas ciudades, que afianzaron la expansión del idioma griego “koiné” desde lo que es hoy España hasta la India, incluyendo el sur de Rusia.

El alfabeto cirílico ruso de hoy se basa en el griego.

El griego Koiné fue durante muchos siglos la lengua franca internacional y sin duda, una de las bases de la

gran difusión del cristianismo desde España hasta India.

El Evangelio Cristiano se escribió en este idioma y el mismo Juan Bonaerges, apóstol de Jesús, aprendió griego nada más que para escribir su evangelio (el Cuarto Evangelio Canónico) en ese idioma.

Marcos, el evangelista, autor del Segundo Evangelio Synóptico, hizo su primer discípulo cristiano en la ciudad de Alejandría de Egipto, en el año 46 después de Cristo.

Las oraciones cristianas basan su lenguaje en el de las oraciones griegas del período alejandrino.

En el Capítulo 6 del Primer Evangelio Synóptico (de Mateo), versículo 8, el mismo Jesucristo declara que estas oraciones son innecesarias.

Cuando Napoleón invade Egipto en 1798, Alejandría era ya una ciudad de pescadores. Napoleón también fracasó en su sueño de crear una sociedad de iguales y sin reyes.

Bibliografía:

LIONEL PEARSON: The lost History of Alexander the Great.-1960

PETER GREEN: Alexander the Great- 1970

J.R. HAMILTON: Alexander the Great- 1974

MARY RENAULT: The nature of Alexander- 1975

ROBIN LANE FOX: The Search for Alexander-1980

WILLIAM TARN: Alexander the Great- 1981

JOHN FULLER- Military Life of Alexander the Great- 1981

N.G.L. HAMMOND: Alexander the Great, King Commander and Statesman -1981.

PLUTARCO: La vida de Alejandro. Clásico antiguo.

PSEUDOCALLISTHENES: Historia Alexandra Magni- Siglo Cinco D.C.

